



La vida es un
VIAJE

JOHANA MILÁ DE LA ROCA CABRERA



LA VIDA ES UN VIAJE

Johana Milá de la Roca Cabrera

Copyright © 2018 by Johana Milá de la Roca Cabrera

All rights reserved. This book or any portion thereof may not be reproduced or used in any manner whatsoever without the express written permission of the publisher except for the use of brief quotations in a book review or scholarly journal.

First Printing: 2018

ISBN: 9781717898708

www.johyontherocks.wordpress.com

A mi mami, por creer y confiar, por ser y por estar.

Agradecimientos

A mis primas y sus niñas, porque son lo mejor de mi vida.

A mi tía Rebe y mi abue, amor en este matriarcado en el que me tocó crecer.

A mi hermano, el más genial de todos los hermanos.

A mi familia, soy muy afortunada de tenerlos.

A Jorge, Igor y Ronny, el tiempo y el espacio no conocen límites, el amor tampoco.

A Fabiana, por el amor y por ayudarme a recorrer el mundo.

A Lily, por esta amistad sin límites ni fronteras.

A Yoly y Bibi, por ser mis ángeles donde quiera que voy.

A Kari y Zeus, muy pocas veces se consigue una conexión así, los quiero.

A Heidy, Yves y André, mi amor y mi eterno agradecimiento.

A Fernando, Mary y Helena, por ser esa familia que se escoge.

A Johan, Maite y Sandra, Siurana ha sido el inicio del algo fantástico, los quiero mucho.

A mis brujas Ane, Adri, Regi y Mariló, vaya grupete tan genial, las amo.

A Yovi, Gabi, Jacqs y Lizkin, niñas que me cayeron del cielo, las adoro.

A Juan Batista y sus espontáneas ayudas en los textos, te extraño.

A Jessica y Cocuy Café, por el espacio, el cariño y la confianza. Amo esta amistad heredada.

A mis amigos, a todos, porque soy la persona más afortunada del mundo al tenerlos en mi historia. Estoy infinitamente agradecida de que sean parte de mi vida.

Prólogo (s)

1

Dicen que las casualidades no existen. Si partimos de esta idea, entonces podríamos extendernos por varios caminos: felicitarte porque no ha sido casual tu encuentro con este libro; hablar de los orígenes de este concepto y su sincronía con aspectos enigmáticos del universo o comentarte la serie de hilos invisibles que han guiado a “La vida es un Viaje” a caer en tus manos. Sin menospreciar el mérito de Jung o de Pauli, me decantaré por la grata felicitación.

Y qué mayor alegría que saber que serás parte de una nueva historia y que además te sentirás protagonista de un universo causal que de alguna u otra manera has atraído sin suerte de azar, porque leer cuentos de viajes va más allá de una narrativa dichosa en adjetivos y metáforas, es una experiencia individualmente compartida que involucra tus sentidos, tus recuerdos y tu capacidad de imaginación. Siendo así, no te extrañe sentirte protagonista de algunos relatos o que en determinado momento te cuestiones quién está contando la historia.

Desde el mismo génesis de la logística de los viajes, Johana ha trabajado en dos grandes líneas aéreas y en una empresa de tecnología como Analista de Viajes gestionando toda esa organización, conoce al detalle las variables intrínsecas de planificar un desplazamiento desde la búsqueda del destino, pasando por las características de las tarifas aéreas y de hoteles, hasta la llegada al punto final, en donde también ha ejercido de viajera y ha venido captando con ojo de cámara réflex las sonrisas, tristezas, miradas y movimientos del mundo, sumergiéndose en cada cotidianidad y siendo parte de cada vivencia.

Se tituló en la Universidad Simón Bolívar en La Guaira, Venezuela, en Administración del Turismo, después se ganó una beca en la Universidad de San Buenaventura en Cartagena, Colombia donde se hizo Especialista en Cooperación Internacional y la guinda del pastel la pone con un Máster en Periodismo de Viajes, en la Universidad Autónoma de Barcelona, en España, país que casualmente la espera desde tiempos atrás.

Toda esta información es importante, para que como lector casual o causal sepas que no te estás encontrando con una lista de historias sin sentido, sino con un conglomerado de sentimientos y conocimientos en los que podrás desplazarte: volar, navegar, caminar y sentir que te encuentras en el lugar narrado.

A través de “La vida es un Viaje”, sentirás una inquietud indescriptible de comenzar a viajar o de continuar viajando, de dejar de ser un agente observador de las diferentes culturas para ser parte de ellas, de respirar diferentes aires y fundirte en cada atardecer. Como bien dijo Henry Miller “Nuestro destino nunca es un lugar, sino una nueva forma de ver las cosas”.

¡Bienvenidos a esta ventana! Una nueva perspectiva de algo ocurrido, vivido y recordado.

Jessica Corser

2

Para aquellos ávidos a la lectura, el prólogo es como el platillo de entrada para lo que será una excelsa obra culinaria, la víspera de un memorable acontecimiento... una primera presentación.

Johana Milá de la Roca, es uno de esos pocos autores capaces de llevarnos recrear el itinerario más banal con los cinco sentidos es estado de alerta, obsequiándonos la capacidad de observar puntualmente todo aquello que nos rodea, para con ello, sentir las texturas de lo que nos vamos allegando, percibir los gustos, aromas del entorno y los manjares, así como escuchar aquello que nunca antes percibimos (y que irónicamente, nunca más volveremos a distinguir más allá de los contados recuerdos y anécdotas compartidas); nos permite también allegarnos del sentir de la gente que nos rodea, el reconocer la cultura de cada uno de nuestros destinos y hacer de cada una de nuestras travesías una experiencia inigualable e irrepetible.

Mujer de profunda mirada y sonrisa franca, experiencias infinitas y sentimientos consolidados, siempre ávida por abrirse paso a nuevas latitudes e inexplorados horizontes; atenta por conocer forasteros, aromas y texturas, así como ajenas culturas y compañeros de travesía, que dejando atrás las raíces de sus orígenes nos acompaña al regocijo de los sentidos en cada uno de sus destinos. Cual sabio viajero errante que no

se conforma con solo conducirnos a visitar el lugar, sino además, nos brinda la oportunidad de acapararlo, reconocerlo, admirarlo, alegrarnos de él y en él, para finalmente apropiarnos de todo aquello que nos significa por sí mismo.

Mediante esta travesía literaria nos sería posible recalar hasta los confines de los sentidos en cada uno de los puertos abordados, para descubrir de la mano de ella, aquellos mínimos y cotidianos detalles que hacen de cada viaje una nueva oportunidad de reencontrarnos en paralelo con el pasado, presente y futuro, así como de anhelos y recuerdos, experiencias y sueños, como pocas experiencias que nos evocan el salir al éxodo sin más equipaje que los sentidos a “flor de piel”.

En ésta entrega, por igual nos podemos encontrar con “nubes necesitaran drenar su tristeza y a veces su furia”, como con “las frutas frescas, la vegetación espesa, el color turquesa del mar, los atardeceres de sueños, el cielo despejado, la deliciosa brisa del mar...”, o “la playa en su vivo color atlántico, el olor a salitre mezclado con las risas de los niños corriendo en la orilla”. Un sublime recorrido que nos llevará en esté tácito éxodo a reencontrarnos por igual con la “madera pintada entre naranja y verde manzana, colores del Caribe”, así como “un cielo azul gris que dejaba sentir el portento del invierno”.

Finalmente es menester reconocer a este viaje, parafraseando una vez más a la autora, como una oportunidad excepcional de surcar por la vida “entre el vértigo, el miedo, la emoción y el orgullo” a través de palabras, sentidos, sensaciones, recuerdos, experiencias y anhelos.

Enhorabuena.

Héctor Reyes Romero

3

La vida es un viaje, un andar continuo que nos lleva a rincones recónditos del planeta, esos espacios que Johana Milá de la Roca nos devela en cada una de sus palabras convertidas en imágenes y sensaciones. Como buena viajera incansable nos invita descubrir a través de la lectura nuevos paisajes bajo el crisol de su mirada, la que nos invita a camuflarnos en la cotidianidad del otro y a viajar desde adentro. Así, descubriremos su camino que, paso a paso se convertirá en el nuestro.

En cada página viajaremos juntos desde los recuerdos de los viñedos de Lavern al escáner de la mirada en el cuarto del aeropuerto, le pondremos colores de las flores de Manizales a la tristeza mientras alimentamos el alma con una buena arepa, hundiremos los pies en las dunas inmensas de Dubái y rozaremos el cielo con los aviones de Washington. En el camino buscaremos el árbol de la vida en el Amazonas y nos dejaremos hechizar por la magia de Galicia, sentiremos los latidos del corazón de Escocia y nos perderemos en las curvas de las paredes de Gaudí, sentiremos la pasión del rock argentino y lloraremos sobre las ruinas de Siurana, reviviremos los pasos perdidos en Cartagena y transitaremos por la rutina caótica de Caracas.

Seguiremos viajando y nos maravillaremos con la voz del glaciar Tronador y los ecos de la música en Atlantic City, sentiremos la texturas desde las manos de Indira en Tailandia mientras rememoramos la fatiga de aquel viaje eterno a la Isla de Colón, nos dejaremos inundar por los sabores del Rio Minho, borraremos la fronteras en el tren a París y, ¿por qué no?, conquistaremos sus calles luciendo unas molas panameña. Quizás una tarde nos hundiremos con el atardecer en el castillo de Juan Griego y lanzaremos nuestros deseos en Montmartre, caminaremos al son de las gaitas en Edimburgo para luego sumergirnos en el azul del oriente de Venezuela. Un día cualquiera negociaremos un asiento con ventana en un platillo volador para desaparecer de algunas calles, correremos hacia las líneas de Dalí y bailaremos tango en Buenos Aires, nos dejaremos cegar por el Ángel de la independencia en la Ciudad de México para despertar bajo la pureza del Roraima.

Al final del recorrido, ese que nunca acaba, estaremos preparados para nuestra próxima Odisea dentro el alma del mundo.

Yoly Rojas Ramírez.

No prólogo

Hace casi un lustro, mientras me desempeñaba como documentador de un proyecto tecnológico, escuchaba mucho el nombre de una persona, que ocasionalmente, se usaba como un adjetivo comparativo hacia mí y que dejaba entrever un dejo de nostalgia entre quienes lo evocaban. Pronto, me convertí en una suerte de sucesora de alguien a quien jamás había conocido pero que, según ellos, venía de mi mismo molde: rarísima, cariñosa, resuelta y proactiva, algo perfectamente normal y natural para nosotras, pero para esa fauna tecnológica, no tanto, por lo que somos muy apreciadas, aunque por esas mismas características es que uno termina convirtiéndose en mamá de sus compañeros de trabajo.

En realidad, debo confesar que no recuerdo el día que conocí a Johana Milá (con acento) de la Roca y, aunque eso para mí no tiene ninguna importancia, porque mi mente es así, puedo asegurar que ella se ganó mi corazón desde el primer segundo que crucé la primera palabra y luego la primera letra. Igual no voy a desperdiciar mi tiempo ni el suyo, contándole sobre la autora, ni exaltando sus atributos, ni presentándole un *Curriculum Vitae*, porque todo lo que yo diga va a estar lleno de subjetividad, producto del amor fraternal que nos une desde ese primer flechazo, será ella misma, a través de sus relatos, quien se vaya descubriendo ante sus ojos, hoja tras hoja, cómo es y de lo que está hecha.

Todos esos relatos que harán que usted coja una maleta en su mente y se transporte hacia sus aventuras, los he venido escuchando de su boca, durante este lustro, en ocasiones con una botella de vino y descalza, otras degustando arepas, mientras lavaba la ropa en mi casa huyendo de alguna incomodidad casera o laboral y necesitaba un refugio para drenar, o, simplemente, compartiendo los roles de piloto y copiloto, respectivamente.

Una grata sorpresa me invadió cuando me dispuse a leer la versión final de “La Vida es un Viaje” y traspolé esos relatos al papel; leerla con su voz, con los saltos y su risa entrecortada entre anécdotas, es una experiencia que yo quisiera brindarle a usted, pero como eso no es ni remotamente posible, le invito a acercarse a su vasto anecdotario de travesías, que viene coloreado con su humor y, a la vez, con una pulcritud gramatical digna de una ciudadana de mundo, que se ha hecho a punta de sellos en el pasaporte, mochilas a cuestas, traspiés, apertura sensorial en su máxima potencia, miles de libros y con el complemento perfecto para todo eso: Música.

Debo agregar que se convirtió en una experta, nivel Dios, haciendo maletas ordenadas, con sentido y estructura, aunque eso no importe a los efectos de este libro.

Por lo pronto, póngase cómodo, abra su mente, abróchese el cinturón y disfrute la travesía, vale la pena dejarse llevar.

Laura DaSilva Guevara.

Una fan.

Introducción

Las historias, como acontecimientos particulares tienen siempre un viaje por el que transitamos, vemos, aprendemos, rodamos, lloramos o nos carcajearnos y vivimos, sobre todo vivimos.

A partir de estas experiencias de viaje, en las que mi vida cobró algún sentido específico, transmito lo que vi, lo que sentí, lo que me hizo cambiar de perspectiva, describo los olores, colores, sabores y dimensiones de cada paisaje, cada persona, cada bocado, cada sonrisa, con el fin de difundir un poquito de esas vivencias, de inspirar a las personas a viajar, a relacionarse, a convivir con culturas diferentes a la propia, a apreciar las diferentes formas de vida, a dejar atrás cualquier complejo, cualquier etiqueta, a dejar de lado la política y a interactuar con los habitantes de cada lugar visitado, a respetar el entorno. Es una invitación a mezclarse, a ponerse los zapatos del “otro”, a vivir la cotidianidad de cada lugar.

Como cuento en el relato de las arepas, llevo mi venezolanidad a donde quiera que voy y hablo del Mar Caribe a viva voz, de sus colores y aromas, de lo mucho que me gusta comer pescado a orilla de playa, de las cachapas y el pabellón, pero también me percibo como parte del resto del mundo y voy por este camino viajero incorporando elementos culturales, gastronómicos y sociales de los lugares que visito; como bien dijo Borges *“Los lugares se llevan, los lugares están en uno”*

Cada uno de los relatos a continuación tiene un valor, un sentido, una identidad propia, un momento capturado en la memoria, es una expresión de amor hacia el destino y he pasado mucho rato pensando si organizarlos por continente, por estaciones, por tema o paisaje, pero ninguna de esas opciones me convenció, decidí entonces presentarlos tal y como me iba acordando de ellos y dejé que la memoria dictara la cronología. A casi todos los relatos les antecede una cita de alguna canción o de algún libro que me haya impactado, porque viajar sin música o sin literatura es viajar incompleto.

Presento a continuación mis Relatos de Viaje, esperando que sean para todos una aventura, que se abra una ventana a la imaginación, sea inspiración para futuros desplazamientos, que los conecten con nuevas paletas de colores, se despierten instintos, ganas de probar y vivir nuevas experiencias, que enamoren, distraigan y que entre muchas otras cosas, fabriquen risas. Que los disfruten.

¡Muchas gracias!

Johana Milá de la Roca Cabrera

Índice

Introducción	17
Reencuentro con los orígenes	19
Al cuartito del aeropuerto	24
Manizales, un paseo al Recinto del Pensamiento	28
¿Quieres una arepita?	30
Dubái desde las dunas	33
Un museo lleno de aviones	36
Autana, el árbol de la vida	39
Galicia huele a magia	43
Tombreck, en pleno corazón de Escocia	45
Érase una vez en el techo de La Pedrera	48
Fito en Panamá	51
Siurana, el último reducto árabe	53
Cartagena de cerca	55
La cotidianidad desde las alturas	58
Patagonia, rumbo al Tronador	61
Cuando Depeche Mode tomó Atlantic City	64
Viaje con los sentidos	66
Visa para un sueño	68
Más allá de las murallas... Valença Do Minho	78
Cruzando fronteras	80
Mola, mucho más que un souvenir	82
Pescando historias en Margarita	85
Pidiendo deseos en Montmartre	86
El pulgar de David Hume	88
Canciones de libertad	91
Platillos voladores	93
Por esas calles	95
La diáspora	98
Figueras, de camino al corazón de Dalí	100
Mi Buenos Aires querida	102
Disertando sobre el miedo... Caracas	104
México	105
Museo Interoceánico de Panamá	109
Selinunte	112
Roraima	115
Epílogo	123

"That's not the beginning of the end, that's the return to yourself, the return to innocence." Return to innocence.
Enigma

Reencuentro con los orígenes

Llovía, como si las nubes necesitaran drenar su tristeza y a veces su furia, llovía con pasión, con ahínco. Había llovido por todo el camino, la llegada a la masía era complicada sin caballos o carruajes y yo iba caminando, sorteando los charcos, tratando de no caer o lastimarme, tenía por delante un largo viaje, de esos que cambian vidas, que regalan perspectivas, que afianzan afectos, y deseaba hacer ese trayecto en condiciones óptimas.

Estaba ya en el camino principal de Lavern y debía caminar dos kilómetros o más para llegar a la casa, me acompañaba a mi izquierda una formación rocosa que le daba fuerza al apellido, por esa roca nos identificaban, y estaba a punto de dejarla atrás, de no volver a verla más, a mi derecha un campo lleno de viñedos, unas uvas verdes deliciosas que nos daban el mejor de los vinos. Destilaba agua de mis cabellos, de esos pesados ropajes, de ese calzado incómodo cuando finalmente alcancé la entrada de la casa, bordeé el muro de piedra hacia mi derecha y accedí a la casa por la puerta principal, esa hermosa e imponente puerta de roble y acero que tanto iba a extrañar. Debía terminar de empacar, el carruaje salía hacia Barcelona a media noche y tenía la sensación de estar huyendo de mi realidad, como prófuga de una historia que ya no era mía.

El equipaje estuvo listo y tuve tiempo de recorrer una vez más esas estancias amplias, de nadar en la nostalgia que aún no tenía pero que seguro sentiría, de disfrutar del color de sus paredes, de amar con cada fibra ese espacio, de perderme en su luz hermosa. Las razones de esta migración forzada no las terminaba de entender muy bien, cosas de gente mayor, un manejo indebido de dinero, una mala administración, un mal proceder y ahora debía dejar todo lo que componía mi espacio y embarcarme en esta travesía a un nuevo mundo, un paisaje diferente, un clima distinto, una fauna peculiar, con nuevas personas y acentos diferentes.

La lluvia no paraba y los planes de viaje tampoco. En la medida que la gente corría y la histeria se apoderaba de todas las personas en casa, yo seguía recorriendo las habitaciones, las estancias, la enorme cocina y el balcón sobre la puerta principal, desde allí guardé la vista más hermosa del pueblo y de las tierras de la masía que pude haber tenido nunca, se fusionaba la lluvia con la vasta tierra mientras que en el horizonte se avistaba un poco de cielo sin nubes, estaba cayendo la tarde, llegaría pronto la hora de partir.

El carruaje estuvo en punto a la media noche, el equipaje se desbordaba y la mixtura de sentimientos se manifestaba, la tristeza por la huida, por dejar atrás lo que hasta hoy había sido mi universo y la ansiedad por saber a dónde iba, qué era eso del nuevo mundo y qué contenía ese desconocido lugar. Lloré, sola, en silencio para no despertar angustias en el largo trayecto hasta el puerto, vi cómo se alejaba la masía de mi alcance, como la oscuridad se iba tragando mi roca, mi orgullo y mi vista de los viñedos, como mi nueva realidad se iba haciendo presente. Dormí un pedazo del trayecto hasta que el olor a salitre me despertó, ya estaba en el puerto de Barcelona.

Todavía me parece muy confuso todo, tuve que tomar un bote para llegar al barco, los baúles del equipaje se veían enormes en esas pobres barcas y una vez en la nave escuché que pasaríamos dos meses en alta mar antes de finalmente llegar a nuestro destino, también escuché que nos dirigíamos a las Américas y encontraríamos puerto en el Mar Caribe, no tenía idea de donde quedaba ese lugar ni por qué debíamos pasar sesenta días navegando para llegar, sólo esperaba de corazón que valiera la pena mover la vida de continente.

En el barco me acostumbré a la vida del mar, de la mar como decían los marineros, me levantaba temprano y salía a ver el amanecer todos los días, ayudaba a la cocinera en las labores, había mucho que ver, mucho que aprender, muchas estrellas que mirar, muchos libros que leer, el olor de la sal me llenaba de nostalgia, me transportaba al puerto de Barcelona, a casa. Los días de lluvia me daban mucho miedo, en el medio del océano, con esas olas enormes, sin avistar tierras en millas a la redonda, me sentía

desprotegida a pesar de estar rodeada de mi familia, de los marineros y de otros tantos viajeros que iban en busca de nuevas oportunidades en aquellas tierras desconocidas.

Aprendí con los marineros a leer el mapa del cielo, qué dirección marcaba cada estrella, los nombres que tenían y qué les decía cada una, finalmente vi donde estaba la osa mayor y la flecha del norte. Me gustaba el tacto rugoso de la madera del barco, sus velas izadas, la forma en que el viento las inflaba, los laberintos que tenía por dentro, la cantidad de historias que creaba mi mente a partir de esos pasillos, me daba mucho miedo pasar cerca de los cañones, cualquier cosa que fuera utilizada para hacer daño me causaba repulsión. Los marineros fueron muy amables conmigo, aunque al principio eran muy hoscos, llegué a pensar que eran piratas de esos de las historias de tesoros sumergidos en el mar y patas de palo, pero con el pasar de los días se convirtieron en la familia que se escoge, en amigos de verdad.

En el mismo barco viajaban también mercaderes que habían recorrido el mundo, iban contando sus historias de amores de puerto, de riquezas y desgracias de los lugares que habían visitado, de las maravillas de la tierra a la que llegaríamos, de las frutas frescas, la vegetación espesa, el color turquesa del mar, los atardeceres de sueños, el cielo despejado, la deliciosa brisa marina. Pasábamos las noches sin luna hablando de corsarios y piratas, de galeones hundidos, de monstruos y de cantos de sirena, de tentáculos de pulpos gigantes y la locura del mar en noches de luna llena. Hay tanto que aprender del mar, tanto que contemplar, tanto que agradecerle, que dos meses no fueron suficientes. En mis años posteriores en la tierra nueva, en la ciudad de Cumaná, iba todas las tardes a la orilla del mar a mojar mis pies y darle las gracias por traer siempre cosas buenas.

Al entrar en la cuenca del Mar Caribe, mis emociones se encontraron entre el miedo y la agitación de estar cerca del nuevo hogar, se veía tierra a los lados, se sentía esa vibra de lugar inexplorado, de verde intenso, de fauna exótica. Cuando llegamos al puerto de Cumaná y desembarcamos, el calor no me dejaba respirar, me estaba ahogando entre tanta ropa, me iba a desmayar. Acababa de llegar a mi nuevo hogar, Venezuela, que

significa pequeña Venecia, nombrada así por Alonso de Ojeda a razón de mofarse de unas casas indígenas construidas sobre la Laguna de Sinamaica.

Me costó mucho acostumbrarme al calor y a la dinámica desenfadada de los habitantes de ese lugar, pero estaba fascinada con el olor a guayaba y con la casa que teníamos frente al mar. Era una época muy convulsionada por las gestas independentistas para liberarse de España, a las que se sumaron mis tíos y dos de mis hermanos mayores. He hablado poco de mi familia, sólo porque siento que debía contar esto desde mi perspectiva, desde lo que mis ojos captaron, pero de mi núcleo éramos mi mamá, mi papá, mis siete hermanos y yo. Dos hermanos de mi papá junto con sus familias llegaron en otra embarcación un par de meses después.

La casa frente al mar siempre me hará suspirar. En efecto, había todo un clima de lucha y guerra por fuera, pero la casa era un remanso de paz, era ese espacio único donde la cocina de mamá, la biblioteca de papá, los árboles de papaya y guayaba del patio, el zaguán y esas ventanas largas, la fuente en el medio de la casa, los corredores amplios, sus paredes blancas y su aura de tranquilidad la hacían mi refugio, adoraba ese lugar, así como pasear por la orilla del mar y por el castillo de San Antonio de la Eminencia, que construyeran los españoles doscientos años atrás para protegerse de los piratas. Ya era parte de esa nueva energía que adopté como mía, de ese lugar encantador lleno de magia marina, de los atardeceres de los que tanto escuché cuando viajaba en el barco, me encantaba ir al mercado y comprar verduras frescas, el olor de los mangos y del cilantro, el embrujo del cacao y esa maravilla llamada café.

Me enamoré y me casé con quien quise, no hubo imposiciones de ningún tipo, fui al extremo feliz con mi vida, tuve hijos adorables que amaban tanto como yo esa tierra bendita y envejecí a la orilla del mar comiendo cazón, tomando jugo de guayaba y llena del amor de mi familia. Lo que quedaba de Lavern era un recuerdo lejano en un delicado rincón de la memoria donde se mantenía intacto el orgullo por mi origen, la imagen de la roca, la extensión enorme de viñedos, la masía y esa vista que me regaló el cielo antes de irme, en el balcón sobre la puerta principal, que siempre estaría conmigo.

Morí en paz, rodeada de mi gente, en la tranquilidad del hogar, con el olor del mar acompañando el último aliento.

Doscientos años después, con otro rostro, otras ropas, otro acento, pero el mismo apellido, volví a Lavern, esta vez no hubo barcos ni meses en alta mar, un avión y un tren fueron suficientes para llegar. Llovía, y desde la estación del tren caminé con cuidadito para que el reencuentro con los orígenes fuera suave, hermoso, tranquilo. Pregunté al bajarme del vagón cómo llegar a la Masía Milà de la Roca, y me explicaron que una vez en la vía principal del pueblo, cruzara a la izquierda en el camino de tierra, la formación rocosa a un lado, los viñedos al otro lado y los charcos de agua creados por los recientes chubascos me indicaron que iba por el sitio correcto. Avisté la casa, la bordeé y la reconocí en los recuerdos grabados en la memoria del tiempo.

Toqué la puerta para preguntar si podía entrar en la casa, me atendió un señor muy amable que me explicó que esa era una pequeña oficina de la empresa que ahora manejaba los viñedos, hacen vinos orgánicos, me sugirió que pasara por la puerta principal a preguntar si por ese lado podía conocer la casa, así hice. La casa ahora funciona como alojamiento rural y no pude pasar porque estaban llenos de huéspedes, pero me indicaron que podía pasear por los jardines y tomar fotos a los campos llenos de uvas.

Disfruté de los paisajes, me llené de esa energía fabulosa, me imaginé las carretas, los caballos y los ropajes pesados, pasé buena parte del día dando vuelta por esos jardines, viendo el cielo despejarse y dejando colar la luz del sol sobre las extensiones infinitas de viñedos. Me despedí de Lavern con la promesa de volver, llevándome ese retrato hermoso del pueblo, el cielo plumizo, las uvas, la masía y el reencuentro con el lugar donde empezó la historia de mi familia.

“Por eso yo no voy en tren, voy en avión, no necesito a nadie, a nadie alrededor” No voy en tren. Charlie García

Al cuartito del aeropuerto

Presentaba *suspicious signs*, sí, señas sospechosas, así me hizo saber un representante de la aduana de los Países Bajos, cuando aterricé en Ámsterdam. Bajándome del avión vi una docena de policías apostados en la puerta de la nave pidiendo a todos los pasajeros sus pasaportes. Entregué el mío con tranquilidad y el policía señala al inspector de aduanas y dice: “es ella”. Me estaban esperando.

El gentil señor de aduanas, hay que decir que fue muy educado, me llevó escoltada por un par de policías mujeres al famoso y temido “cuartito” de los aeropuertos. Retuvieron mi pasaporte y me indicaron que si todo estaba en orden me lo entregarían al final de la entrevista. Me solicitaron que me quitara la mochila y la dejara en las sillas al lado mío, que no tocara mi maleta, que estaba siendo sometida a una inspección de rutina porque presentaba señas muy usuales en pasajeros que transportan drogas. No tenía nada que temer, llevaba toda mi documentación conmigo, tenía cómo probar todo lo que me iban a preguntar, así que me relajé y esperé atenta a las preguntas mientras miraba qué hacían las policías con mis cosas.

Iba en un viaje de trabajo, volaba de Panamá a Bruselas con escala en Ámsterdam, donde debía hacer migración y aduana por ser el primer puerto de entrada a Europa. Sabía que me iban a parar en el punto de entrada porque tenía señas sospechosas, trabajé muchos años en el Aeropuerto de Maiqueitía que sirve a Caracas, y entendí muy bien por qué era objeto de observación. Un pasajero es sospechoso cuando su boleto es comprado el mismo día del viaje, en efectivo, con un retorno a otro país, la estadía es muy corta en el lugar de destino y yo cumplía con todos esos requisitos así que me gané el paso por el cuartito de revisión.

El mismo día del viaje, un miércoles, en mi oficina me pidieron que volara a Bruselas a entregar unos documentos y unas memorias que se necesitaban para culminar una licitación que se estaba llevando a cabo allá. Les dije que sí, sin problema, pero que me retornaran a Caracas en lugar de a Panamá porque debía llegar a una boda que era el sábado en la mañana. En el transcurso del día me mandaron a mi casa a hacer maleta

en la que incluyo el vestido y los tacones de la boda, tres o cuatro mudas de ropa, la *laptop*, el cargador del móvil entre otras cosas.

Llegué tarde al aeropuerto y casi no me dejan embarcar, la persona que me atendió me trató muy mal, mi pasaporte estaba nuevo, sólo un par de sellos y me dijo: “no debería dejarte embarcar para que no conozcas Europa”, a lo que contesté que ya había ido antes y que esto era una viaje de trabajo, me miró con odio y me pidió mis otros pasaportes, no los tenía conmigo. Me dio el pase de abordar de mala gana, corrí como maratonista para llegar y lograr sentarme en mi lugar del avión. Al menos me tocó una tripulación muy amable, hasta me preguntaron si deseaba que me despertaran media hora antes de aterrizar, lo agradecí profundamente porque me podría lavar los dientes antes de salir del avión sin hacer colas terribles.

Ya con el agente de aduanas, viendo a las señoritas policías registrar mis cosas empezó el interrogatorio. ¿Por qué tan poco tiempo en Europa? ¿Qué llevas en el equipaje? ¿Para quién trabajas? (descartando terrorismo) ¿Por qué retornas a Venezuela y no a Panamá? El señor caminó hasta mi mochila y sacó mi monedero, lo abrió y me dice: ¿Cuánto dinero hay aquí y por qué? Yo iba contestando de manera muy ecuánime el interrogatorio, le comenté que iba a una boda a la que no podía faltar, que parte de ese dinero se lo dejaría a mi mamá en Caracas, que mi boleto a Panamá estaba confirmado para el domingo, le mostré el recibo del boleto y prosiguió el interrogatorio. ¿Por qué el boleto fue pagado en efectivo? ¿Por qué se emitió el mismo día del viaje? El billete lo emitió una agencia de viajes y ellos facturan en efectivo le explico, y se compró el mismo día del viaje porque en mi oficina son unos desordenados, ahí le saqué una sonrisa.

Mientras las señoritas policías terminaban la revisión de mi equipaje, el agente de aduanas me dijo que no me iba a pedir que comiera o tomara algún alimento porque preguntaron y en el avión les confirmaron que comí, todo esto para descartar que pudiera haberme tragado algún dedil. Las chicas policías revisaban cada pliegue de la mochila, cada pared de mi maletita, le daban vuelta a las rueditas, parecía que tuvieran un escáner en las manos, cada pedazo de tela, cada trozo de plástico quedó revisado. El

señor agente me pidió las facturas de las memorias que llevaba, el carnet de la empresa mientras cotejaba la información con unos folios que tenía en las manos. Sacaron la *laptop* y me pidieron encenderla para verificar que funcionaba, también mi cámara fotográfica y el móvil. Leía el folio y de repente me preguntó: ¿Cuántas veces has venido a Europa? Le contesto que no sé, no llevo la cuenta, unas catorce o quince veces puede ser, se sonríe de nuevo y me contesta: “con ésta son dieciséis”.

Una vez cerrado el equipaje, las señoritas policías me dicen que deben chequearme a mí, desde la coleta del cabello, pasando por los dobladillos de las mangas de mi camisa, el pantalón, los zapatos, todo. Cuando finalizaron la revisión me dieron permiso para irme, me entregaron de vuelta el pasaporte. Tomé mi mochila, bajé la maletita, me despido y cuando voy caminando hacia la salida me llaman para decirme que no me revisaron la boca, agradecí tanto esa levantada media hora antes del aterrizaje para lavarme los dientes, me pidieron que me diera media vuelta, que abriera la boca, revisaron cual episodio de CSI y después me dejaron ir.

Confieso que a pesar de no tener nada que temer, cuando salí de ahí me temblaban las piernas. Agradeceré siempre que no hayan sido hostiles ni violentos conmigo, pero igualmente fue un episodio desagradable aun sabiendo que pasaría, el encuentro con la autoridad suele ser incómodo.

A todos los que nos transportamos por avión a cualquier lugar, tengamos en cuenta estas señas sospechosas, si no hay nada que temer que no nos tome por sorpresa, sobretodo porque el agente de aduanas, migración, guardia nacional o el organismo al que le corresponda velar por las fronteras, por el tráfico de drogas o terrorismo en el destino al que se viaja, puede que no sea gentil, amable o dispuesto a escuchar.

“No hay tierras extrañas. Quien viaja es el único extraño”. Robert Louis Stevenson”

Manizales, un paseo al Recinto del Pensamiento

Me dijeron que no me esperaban sino hasta los primeros días de Mayo y era quince de abril. Venía peregrinando desde Caracas, arrastrando tristeza por la pérdida de uno de mis mejores amigos, pasé por Cartagena a buscar mis cosas y retirar el boleto aéreo, que no era electrónico y de ahí a Manizales. Sabía muy poco de ese lugar, sólo me habían comentado que hacía mucho frío y que fabricaban muy buen ron. De Cartagena volé a Bogotá y de allí a Manizales, el traspaso de aeropuertos transcurrió sin novedad, mi congoja y yo íbamos a buen paso hacia el que sería mi destino por los próximos tres meses. Al aterrizar, no sé si el cielo estaba más gris que mi ánimo. A pesar de la disparidad de fechas, pude comenzar mis prácticas en esa ciudad que me hizo ser dual desde el primer día, muchas veces la quise, otras veces no.

Así me recibió Manizales, en el medio de los Andes colombianos, capital del Departamento de Caldas y “capital Mundial del Agua”, entre nubes grises, muchas montañas y una jefa que me dijo que ella nunca se equivocaba, que siguiera su ejemplo.

Linda ciudad rodeada de montañas, nubes grises y blancas, verde natural intenso típico de lugares donde llueve mucho, cuevas empinadas, un clima muy frío y ubicada a una distancia considerable del mar. Reconozco hoy, que no tener el mar cerca me afectó mucho. Me ubicaron en una vivienda a las afueras de la ciudad, el Nevado del Ruiz me acompañaba en la distancia todas las mañanas, ese imponente volcán que infunde tanto respeto y admiración, te deja enamorarte fácilmente de ese pico brillante lleno de nieve, pero para la gente local, trae al recuerdo momentos aciagos llenos de tragedia y tristeza en los que mucha gente se vio afectada por sus nieves descongeladas.

Hacía mis prácticas en la Gobernación de Caldas, iba y venía, me aprendí la ruta de los buses que debía tomar y donde comprar mejor y a menor precio, caminaba por sus calles y sus laderas empinadas, me dediqué a recorrerla, a aprenderla, a quererla. Trabajar ahí me daba oportunidad de compartir con muchas personas. Me encantaron los mineros que necesitaban ayuda tecnológica para redactar sus proyectos, ¡qué gente tan hermosa!, tan llena de luz, tan humilde y sabia, sus manos llenas de la tierra que trabajan y sus ojos llenos de agradecimiento. También compartí con los cafetaleros, hay tanto que saber del café, de la semilla, de la siembra, del intercambio comercial, a

pesar de que no pude acompañarlos a sus giras por las tierras del café, estaba pendiente de ir enseguida si surgía alguna salida, pero no invitaron a ninguna durante el tiempo que estuve ahí.

Al frente del edificio de la gobernación me encontré con un tributo poco común a Simón Bolívar, venía acostumbrada a las típicas estatuas ecuestres del Libertador y aquí me conseguí con una figura mitad hombre mitad cóndor, una visión *sui generis* de la libertad. También hay un espacio que causa mucho impacto, un lugar que me fascinó, queda en lo alto de una loma, un monumento en honor a los colonizadores que se hizo con llaves fundidas, donadas por todos los manizaleños en el cual se plasma a través de las caras de las figuras el dolor, el esfuerzo, la travesía que fue llegar hasta allí y establecerse, desde ahí se ve buena parte de la ciudad y se siente una energía maravillosa acompañada de mucha paz.

Pero el destino me tenía preparada una buena vuelta, por un hermanamiento con una comunidad japonesa conocí el Recinto del Pensamiento, ese lugar fue hecho a mano por Dios, las flores parecen pinceladas hechas a capricho con una combinación de colores extraordinaria, hay un sitio especial sólo de orquídeas que engalanan el sendero y llenan la vista del visitante de paisajes y espacios como si estuvieran contados por Lewis Carroll. Hay un camino de plantas medicinales y aromáticas que evocan los jardines de los abuelos y lo llamaron el Huerto de los Aromas, es un micro espacio maravilloso lleno de sabiduría donde nos muestran como la naturaleza nos puede curar a través de la milenaria y millonaria flora.

Las aves son otra historia en el Recinto del Pensamiento, hay lugar para todas, las locales y las que migran, para recibirlas y verlas hay un espacio especial llamado Mirador de Aves y entre colibríes, garzas, gavilanes, tucanes y otro montón que no puedo recordar los nombres es posible imaginar la historia de un alado y ser feliz observando su belleza y sus formas de socialización. También hay un observatorio de mariposas propias de la región en más de veinte variedades, los colores de las alas son tan variados como bellos, impresionan, son sencillamente fabulosas y revolotean por todo el lugar, se camuflan con las flores, se combinan con el verde de la zona natural que representa el recinto, pasar el día allí hace que la perspectiva de la tristeza cambie. Para los amantes del café también hay cabida, se dictan charlas de cómo se cultiva el grano, las condiciones de la tierra, la prevención de plagas, como se maneja la cosecha, como se desprende el grano de la planta, hasta el proceso de almacenamiento, molienda y distribución. Es un mundo aparte, los que sólo somos consumidores de esa

delicia, no tenemos idea de lo que lleva, lo impresionante, importante y maquinado que es todo lo relativo al café, es sencillamente fascinante. Para cerrar ese ciclo cafetero en el recinto, pudimos disfrutar la cata de un extraordinario café local.

Caminando por los alrededores, tienen un pabellón de madera de dos pisos que sirve de restauran, sala de fiestas y convenciones, a mí se me alborotó el espíritu romántico y me imaginé un baile de vestidos largos, hombres de traje de gala y pajarita, violines sonando como música de fondo. Es un lugar que se funde perfectamente en ese paisaje montañoso, es una visión hermosa que termina de complementar la maravilla descubierta a lo largo del paseo. Fue extraordinario llegar ahí, para espantar el desánimo, para terminar de adaptarme a esa ciudad.

Poder deleitarse de estos momentos, de las vistas a la naturaleza imponente, de la vegetación típica de los Andes, haber conocido gente extraordinaria, aprender a dejar ir los malos ratos, lograr entender que perder un amigo fue ganar un ángel ayudó a mitigar la tristeza y así, transcurridos mis tres meses en los predios manizaleños me tocó volver a Cartagena, a graduarme, contenta de haberle difuminado el gris a mi ánimo porque el de las nubes fue imposible porque es casi permanente, feliz de haber hecho amigos que después me recibieron en Argentina y que estarán en mi historia siempre. Feliz, encantada de haber podido conocer un lugar como el Recinto del Pensamiento, en donde la fusión de los sentidos con los elementos presentes hacen de esa visita una experiencia repetible, contable y un punto de alegría en el recuerdo.

"Me gustan las arepas con queso y con jamón, si están bien tostaditas que sabrocitas son" La arepa.
Billo's Caracas Boys

¿Quieres una arepita?

Cada segundo sábado de septiembre, se celebra orgullosamente el Día Mundial de la Arepa, como exaltación a una de las tradiciones gastronómicas venezolanas más conocidas en el mundo. La particularidad de esta torta hecha de harina de maíz es la versatilidad con la que se adapta a sus rellenos, adicional a los graciosos nombres que recibe cada combinación.

Se dice que su nombre viene de los "Cumanagotos", tribu Caribe de la costa oriental venezolana, quienes llamaban "erepa" al maíz, y su forma redonda evoca al Dios Sol y a su divinidad. También se cuenta que el origen de la palabra viene del "aripo", una plancha de barro curva que utilizaban los indígenas de la costa caribe continental, extendida desde Panamá, pasando por Colombia hasta llegar a Venezuela, para cocinar el maíz. Desde diferentes nombres hasta técnicas de tratamiento del maíz, en cualquiera de estos países se cuenta a la arepa como un alimento de la dieta diaria, sus usos y acompañamientos varían dependiendo del punto geográfico donde se encuentre.

Desde mi venezolanidad y con todo el orgullo que ello traduce, llevo a la arepa conmigo a donde sea que voy, la preparo con cariño y la brindo a nacionales y extranjeros como parte de mi acerbo mas querido. Me encantan las combinaciones extravagantes con las que se rellenan las arepas, las simplezas de su soledad al acompañar una buena sopa, las que se rellenan de perrito después del traspase de año nuevo, las areperas abiertas en la madrugada para pasar a comer después de una fiesta y las arepas no tan redondas de mi mamá los domingos en la mañana.

A principios de 2014, la arepa venezolana fue escogida como el "mejor desayuno del mundo" entre chilaquiles, el desayuno inglés, el irlandés, el turco y el americano en un conteo realizado para Thrilist. Su elección resultó de evaluar las características alimenticias y la facilidad de adaptación a los diferentes rellenos con los que se suele acompañar esta delicia. Entre quesos, carne, pollo, pescado, chicharrón, aguacate, huevos fritos o de codorniz, en perico o revuelto con tocino o salchichas, también las hay de pulpo o de perrito, los rellenos varían entre combinaciones de diferentes ingredientes y los nombres más ingeniosos, para embarcarse en un viaje de sabor que se convierte en una experiencia inolvidable.

Los nombres de las arepas más conocidas pasan por la famosa Dominó, que esta rellena de caraotas o frijoles negros y queso blanco rallado, que al juntarlos crean las piezas del popular juego. También está la Pelúa, una perfecta unión de queso amarillo rallado y carne mechada, o la Catira, haciendo alusión a las rubias, que cambia la carne por el pollo para mantener la figura, la Llanera cuyo ingrediente principal es el lomito acompañada por queso guayanés, tomate y aguacate, la de Pabellón Criollo haciéndole honor al plato nacional y contiene tajadas de plátano maduro, carne mechada y caraotas. La de mariscos tiene un nombre muy sugerente y simpático, se le conoce como Rompe Colchón, la arepa Rumbera está rellena de perrito con queso amarillo, la Patapata combina el aguacate en lonjas con queso amarillo y caraotas. Pero la más famosa, la que tiene una historia ligada a las mujeres ganadoras de concursos de belleza, la que todo el mundo pide es la Reina Pepiada, que le debe su nombre a la Miss Mundo 1955 Susana Duijm, y es una combinación de pollo mechado mezclado con aguacate, mayonesa y lonjas de aguacate por encima.

Esta delicia es tan flexible en su preparación que puede hacerse asada, frita, horneada incluso hervida y siempre será un complemento alimenticio sabroso, para mi abuela Margarita por ejemplo, la preparación de las arepas era todo un ritual lleno de procedimientos específicos que debían ser cumplidos cabalmente. Amasaba la harina con un poco de sal y un "chorrito" de aceite, hacia unos redondeles perfectos y gruesos que luego hervía hasta que flotaban y después las asaba en un budare, recuerdo el sabor de esa cascara tostada como una de las cosas mas divinas que he comido en mi vida. También existe la variación de agregarle trocitos de chicharrón a la masa, asar las arepas y rellenarlas de queso blanco rallado y es una experiencia absolutamente placentera, o las arepitas dulces cuya masa lleva anís, se moldean finas y se fríen, también se acompañan de queso blanco rallado, (que te traslada a) una deliciosa remembranza de los días de lluvia y frío junto una taza con chocolate caliente.

Los rellenos mas comunes y sencillos son los de queso o algún derivado lácteo, y en Venezuela la variedad es tal, que si estas en occidente lo mejor es un suero de tapara o un queso palmita, si estas en los llanos un queso apureño blanco o un buen queso telita es más que suficiente, si vas al sur una arepita con queso guayanés y en oriente entre sus quesos frescos y las arepas de maíz pilado no queda más que saborearse. Si vas a Los Andes, sus particulares arepas planitas con un toque de harina de trigo también se acompañan de un buen queso fresco y permitiendo que la mantequilla se derrita, son un absoluto deleite al paladar.

La arepa, esa herencia indígena que ha trascendido a través del tiempo y se ha transformado para que sea accesible y fácil de hacer en casa, es el desayuno diario, posible almuerzo y cena segura de miles de hogares que a partir de ella se alimentan y disfrutan de sus atrevidas transformaciones de acuerdo al relleno; es la comida después de la fiesta, la excusa para cualquier encuentro, la carta de presentación al mundo, la celebración de cada segundo sábado de septiembre y el orgullo de una nación que pronto volverá a ver la luz.

“Viajar sirve para ajustar la imaginación a la realidad y para ver las cosas como son en vez de pensar cómo serán” Samuel Johnson

Dubái desde las dunas

Tan pronto entré al desierto me quité los zapatos en señal de respeto. Era una inmensidad, una masa extensa de arena, en el infinito sólo se veía esa delgada línea celeste y marrón donde se funden el cielo y ese universo salado que causa tanto miedo y a la vez tanta admiración. Estaba en Dubái, sumergida en un océano de edificios enormes, en una marea de lujo y distracción, de opulencia y desparpajo, de contrastes y pluralidad de nacionalidades, y entre tantas vueltas fui a parar al desierto, al génesis de una tierra fantástica, al lugar en el que el Golfo Pérsico retrocedió sus aguas y le dio espacio a las dunas doradas.

La dinámica en Dubái es que cuando se contrata un servicio de turismo, la empresa se encarga de buscar a los pasajeros al lugar donde se encuentren. Así pasó con mi grupo, nos pasaron buscando en un vehículo rústico adecuado con múltiples cinturones de seguridad, bolsas para el mareo y reforzado con tubos por dentro. El conductor, un pakistaní muy simpático, paró antes de ingresar al desierto para bajarle la presión a las llantas y dar inicio a la aventura.

La camioneta entró en el *Dubai Desert Conservation Reserve* y comenzó un recorrido fantástico con desierto a ambos lados del camino, con las dunas recreando las vistas, con el sol pintando de dorado el horizonte, una vegetación escasa se dejaba ver en una que otra montañita de arena, campamentos de camellos y dromedarios se cruzaron por el camino hasta llegar al punto donde en realidad explota la aventura, esa sensación de montaña rusa en la que la camioneta pasaba por el filo de las dunas más altas y bajaba abruptamente, derrapaba para luego volver a subir. Chorros de adrenalina corriendo por el torrente sanguíneo que provocaron carcajadas, gritos, carreras en la arena hasta que casi no pude mover las piernas, muchas risas, y junto con el resto de las camionetas que estaban en el mismo recorrido se detuvo el tiempo, y terminé perdiéndome en el atardecer.

Allí, descalza, participé de esa energía única que solamente los desiertos pueden transmitir, y entre fotos y más risas, llegó el sublime instante en el que las dunas se vuelven más doradas porque el astro rey, al que puedes ver de frente, se posa sobre ellas antes de irse a dormir.

Hubo un espectáculo con halcones y también camellos para pasear por las dunas como parte del programa en el desierto, no quise participar, no me gusta el uso de la fauna local para el lucro. Varias personas entraron directamente al campamento y muchas otras se quedaron a esperar su excursión en los particulares lomos de los artiodáctilos, cuando pasó la hora de las vueltas y los camellos se echaron en la arena, me acerqué a acariciarles la cabeza. Tuve que explicarle al conductor del rústico porqué me apartaba de esa actividad, decirle que no me siento cómoda con la explotación animal y que no quería ser parte de esa dinámica, tanto que no puedo contar, aún hoy, cómo fue el show con los halcones.

Me dediqué a contemplar el lugar, a ver la dimensión de la duna que daba la bienvenida al campamento, era tan grande que me produjo mucho miedo, mucha ansiedad, me quedé dando vueltas y a esperar que salieran las estrellas, a disfrutar del cambio de temperatura en la arena que pasó de muy caliente a casi helada en cuestión de sesenta minutos, mis pies agradecieron el cambio, seguí descalza hasta que llegó la hora de regresar, sentía que era una forma muy particular de expresar mi libertad. Me dejé hipnotizar por el cambio constante del desierto, por las ropas de los que lo habitan, por los campamentos y las costumbres, me enamoré de esos colores y su textura fina al tacto.

Hubo mucha comida, show de *belly dancer*, tatuajes de henna y narguile y a la media noche el silencio acudió al campamento por unos instantes mientras el grupo entero entendía que era tiempo de volver a los rústicos, retomar camino a la ciudad, volver a la sinergia de la urbe, dejando a las dunas reposar después de un agitado rato de motores, derrapes, ruido, comida, camellos y halcones. Ya tendrían tiempo al día siguiente de pintarse de amarillo dorado y tostarse nuevamente con el sol.

Del desierto me traje una foto que compré en el campamento y otras tantas que tomé con mi cámara, me quedé su grandeza y elegancia, lo impresionante de su extensión y lo imponente de su estampa, el respeto que infunde, sus arenas tibias en la tarde y heladas en la noche, esa pelea infantil del sol con el sueño antes de finalmente irse a dormir y la explosión de colores cálidos que regala, su soledad a pesar del ruido y su función de mirador cuando salen las estrellas.

Hay muchas cosas que contar de Dubái como ciudad cosmopolita, como epicentro del comercio del Medio Oriente, como tendencia de viajes, de sus rascacielos y su opulencia, de sus calles y su clima, de su gente y de la fusión cultural que allí se vive, yo

me quedo con la experiencia de haber ido al desierto, haberme conseguido con esos millones de granos de arena pintados de dorado durante el día y luego de gris al caer la tarde, esa desconexión con el mundo convencional para fundirme en el inicio de la historia de este Emirato.

Un museo lleno de aviones

Me he pasado la vida trabajando con viajes, viendo aviones en los aeropuertos, soñando con cada uno de ellos, imaginando lo lejos que pueden llegar, lo mucho que han significado para la historia, el cambio que supuso acortar distancias a partir de volar en lugar de cabalgar o tomar un tren.

Antes de que sacaran al Concorde del mercado, vi uno a punto de despegar en el aeropuerto Kennedy en Nueva York y me pareció hermoso, diferente, retador. La primera vez que abordé un Jumbo B-747 también fue en la Gran Manzana para volar a Londres, inicié mis viajes en los B-777 igualmente en un viaje para visitar el Palacio de Buckingham. He viajado en *Boeing*, *Airbus*, MD80 y en el MD11 de KLM hasta Ámsterdam antes de que dejara de circular, además de *Embraer* y uno que otro jet en las rutas cortas dentro de USA. Este mundo de la aviación ha sido mi hogar por mucho tiempo y me encanta conocer los equipos que operan las líneas aéreas, las configuraciones, los logos, los uniformes, todo tiene un sentido, una razón y es fascinante.

Los pasos viajeros me llevaron a Washington DC, aterricé a bordo de un CRJ900 en el aeropuerto Reagan, una noche llena de neblina que hizo que el avión diera una vuelta adicional antes de finalmente tocar tierra. Aun así, pude ver el Washington Memorial y el Capitolio desde el aire. Me encanta la ruta de "taxeo" que hacen los aviones antes de llegar a la puerta de desembarque. Se puede ver toda una gama de aviones, el movimiento interno del aeropuerto, los que hacen fila para despegar, los hangares llenos de repuestos, los aviones de carga. Esos espacios que contribuyen tan ampliamente con la comunicación del mundo me parecen fascinantes.

De la mano de ese embrujo aeronáutico llegué a los hangares del Museo Smithsonian del Aire y Espacio (*National Air and Space Museum Steven F. Udvar-Hazy Center*) justo al lado del aeropuerto Dulles, donde encontré un universo de maravillas que concentran toda la historia de la aviación de manera sensacional. Son dos hangares, el *Boeing Aviation* que agrupa todo el camino de la aviación civil y militar del mundo, desde réplicas de los *Flyers* de los Hermanos Wright, pasando por los aviones de guerra y el avión de no reconocimiento *Lockheed SR-71* mejor conocido como el *Blackbird*, el *Enola Gay* y su responsabilidad de haber contribuido a la rendición de Japón en la

Segunda Guerra Mundial al lanzar la bomba atómica sobre Hiroshima, el Clipper de *PanAm* que inspiró a Ken Follet a escribir *Noche sobre las aguas*, un 707 que marca el éxito comercial de Boeing como avión de pasajeros, carga y correo, el helicóptero *Spirit of Texas* que ha sido el primero en la historia en darle la vuelta al mundo y por supuesto el Concorde, el avión supersónico que llevaba pasajeros en la mitad del tiempo de un avión regular, que tiene alas plegadas como un murciélago y es hermoso, es una maravilla tecnológica que está allí expuesta para contar mil relatos.

También está el hangar James S. McDonnell, donde se encuentra el ala dedicada al espacio, está en exhibición el transbordador *Discovery* (el tercero en volar al espacio), que ejecutó treinta y nueve misiones en la órbita terrestre y viajó alrededor de 240 millones de kilómetros, llegó al museo en 2012 luego de su retiro en 2011 y de haber cumplido a cabalidad cada una de las misiones que se le asignaron. Es una pieza imponente que se deja admirar, que transporta sin moverse de su lugar; recuerdo que imaginé la vista privilegiada de la tierra que se debe haber tenido desde allí. Al transbordador lo acompañan una unidad tripulada de movimiento, una cápsula de mercurio y una unidad móvil de cuarentena (donde son recluidos los astronautas luego de volver a la tierra), para complementar la historia y la importancia que tiene el estudio y exploración del espacio.

El recorrido por los aviones de guerra, más que fascinarme me asustó, me impresionó y me perturbó la cantidad de maquinaria elaborada para fines bélicos, hay aviones del ejército alemán en la Segunda Guerra Mundial, hay aviones rusos de los tiempos de la guerra fría, helicópteros que volaron en Vietnam, hay cohetes y más armas de destrucción masiva, hay miedo y defensa representados allí. Pero también hay que rescatar la exhibición de planeadores, los aviones de acrobacias como el *Bucker Jungmeister* que está colgado al revés para probar su capacidad de hacer espectáculo desde el cielo.

Contar en ese gigantesco espacio la historia de la aviación, el camino que se ha trazado para acortar distancias, para explorar el universo, para fomentar o acabar con los conflictos, los avances de la tecnología que hacen más cómodos los viajes de los pasajeros, asomar secretos de espionaje y saber que unos cuantos de esos aviones han salvado vidas, es magnífico. Poder ver de cerca cada pedacito de esa historia, contemplar esas maravillas de la ingeniería, admirar cada desafío a la gravedad, es un tesoro y ojalá existieran más lugares dispuestos a mostrar los pros y los contras (aunque

no estén muy conscientes de los contras) de lo que significa la aviación y los viajes al espacio para la humanidad.

*"Queremos vientos de paz, no más gatos oliva, y toda mi sociedad está cambiada pa' arriba" Gatos oliva.
Rawayana*

Autana, el árbol de la vida

Y dijo el dios Wahari que los hombres no debían trabajar, todo lo que necesitaban para vivir, lo encontrarían en el Wahari-kuawai, el Árbol de la Vida.

Y se hizo entonces el silencio, que sólo fue interrumpido por los latidos del corazón acelerado repicando en la cabeza, el calor abrumaba y la humedad casi asfixiaba, la mirada dirigida al suelo sólo permitía ver el verde del césped que pisaban los zapatos. Levanté la vista y se me erizó la piel, mis sentidos chocaron contra ellos mismos, no hay forma de explicar, aun describiendo lo que veía, lo que sentí. Tenía frente a mi al Cerro Autana, un tepuy, una de esas montañas cuya cima es aplanada, rodeado por esa vegetación espesa propia de la selva, el Árbol de la Vida o Wahari Kuawai, el lugar sagrado que, según cuenta la leyenda es el proveedor de frutos para toda los seres vivos que habiten en esa región.

Los Piaroas, la etnia local que habita en todo el Amazonas venezolano, anuncian desde el inicio de la travesía que hay un límite para acceder al territorio Autana, no es posible para ellos llegar hasta la cima, ni siquiera a las cercanías porque es tierra bendita, está custodiada por los dioses y no es correcto hacerlos molestar y condenar a los habitantes al hambre si se traspasan esas fronteras.

Una vez en el Estado Amazonas, hay que tomar una embarcación en el puerto selvático de Samariapo, navegar un trayecto del Río Orinoco, ese extenso y robusto afluente del Río Amazonas, y cargar provisiones en varias de las aldeas a lo largo de la orilla. Este viaje puede durar ocho horas hasta el campamento base, que se sitúa en un lugar conocido como el cruce de los ríos, donde se encuentran las aguas del Orinoco y el Sipapo, en esta travesía se siente el cambio de clima, se observa el cambio del color del agua, el verde se hace mas puro, los árboles son mas altos, la humedad se intensifica, la hermosura trasciende a un nivel indescriptible, se palpa la naturaleza en su génesis donde nada ha sido tocado o modificado mas que por la mano de la misma evolución de la tierra, la madera es milenaria, la fauna es especial, los mosquitos pican y hacen fiesta con la sangre nueva. El cambio de aguas trae consigo una experiencia de colores bastante particular, el fondo del Sipapo es oscuro, misterioso, parece que tuviera una historia muy antigua que contar, esas rocas son el producto de una fusión de calores y

fríos que a través de los años se han amalgamado de tal forma que componen un fondo casi negro, parte de la genética mas antigua del planeta.

Hay alrededor de seis o siete leyendas que circundan estas tierras mágicas, una que cuenta que un tiempo de escasez, hace muchos años, los dioses le pidieron a una ardilla, un tucán y un pájaro carpintero que cortaran el Árbol de la Vida para poder alimentar a todos los habitantes de esas tierras, porque a lo largo del tronco había frutos divinos e interminables y proveería comida a todos los habitantes de la tierra, cuando el árbol cayó quedó la base y las raíces que es lo hoy conocemos como Cerro Autana. También cuentan en otra leyenda, que el árbol de la vida es el que surte de comida a toda la región y debe trabajar solo, no esta permitido pasar sus umbrales porque las raíces se corrompen y el árbol deja de dar frutos. También dicen los Piaroas, que hay que ser de corazón puro para poder alimentarse de los frutos del Árbol de la Vida. Una de las historias que involucran esta montaña sagrada con forma de tronco cortado de árbol, es que hay muchos árboles de ese tipo esparcidos por el mundo porque quedaron distribuidos por la tierra cuando se separó el pangea, y están en todas partes para surtir de alimentos a todos aquellos que necesiten servirse.

Al pasar la noche en ese campamento a orillas del Rio Sipapo, se abre un escenario lleno de fantasía donde el cielo regala su mejor techo estrellado, es dormir arrullado por el cinturón de Orión, es escuchar el correr del río y sentirse flotar en el medio de una espesa vegetación milenaria que contiene una historia fantástica grabada en el tiempo y en la sabiduría de los pueblos que ahí habitan. Ver el despuntar del día ante la expectativa de conocer el Autana fue aún más maravilloso. El sol intentaba pintar de naranja la copa de los arboles, iluminaba sutilmente las aguas del río y dejaba ver la pureza del recurso a pesar de su oscuro suelo. Había que embarcarse de nuevo antes de que el sol estuviera en lo más alto y hacer nuevamente cambio de ríos entre el Sipapo y el Autana, llegar al lugar donde esta ubicado el mirador natural, subir la cuesta y ver por primera vez, al fin, la silueta del Autana, la figura del tronco cortado del que habla la leyenda, el Árbol de la Vida.

Al desembarcar hay que subir una colina, cuyo trayecto puede llevar una hora, pleno encuentro con la tierra milenaria de esa parte del país, una caminata llena de calor, de colores amarillentos, naranjas y verdes, unos pasos dados con emoción, con expectación, con cansancio, con apuro y al final, en esa cima, ese limite impuesto por los Piaroas, ese mirador natural que alberga a miles de viajeros y los ayuda a ajustar las pupilas ante algo, que ademas de ser un milagro natural generador de vida es uno de

los espacios más sublimes, adorables, hermosos que haya visto alguien en su historia. Es la consolidación de que la naturaleza es perfecta, sabia y hermosa.

Es una montaña sagrada, un lugar mágico lleno de sabiduría, que infunde respeto y admiración. Desde el punto de observación se ve una alfombra, un camino de millones de árboles que custodian celosamente el tronco cortado, el coloso Autana, es una espectacular visión vegetal que permite imaginarse mil historias a la vez, una flora que dice que no ha cambiado en los últimos setenta mil millones de años, unas rocas que han visto pasar lluvias, ciclones, dinosaurios, la evolución de los seres vivos que han habitado la tierra y grita que la más peligrosa, la mas irrespetuosa, la menos preparada para aceptar las maravillas de la naturaleza, es el hombre. Los Piaroas lo cuentan con preocupación, ellos no permiten que bajo sus cuidados y guías los viajeros se acerquen a la montaña, pero hay investigadores, curiosos y deportistas extremos, sin dejar por fuera a los ambiciosos que desean llevarse cuarzo de las cuevas interiores de la montaña, que no sólo irrespetan el sentido sagrado de la montaña, sino que han contribuido con la destrucción de un ecosistema rico y endémico.

Es más que una experiencia de estar de pie allí, teniendo en frente la magnífica pintura en tercera dimensión hecha a capricho por la mano de una naturaleza sin límites que lanzó pinceladas en todos los tonos de verde que puedan existir, la silueta de la montaña marcada por perfectas líneas definidas en su irregularidad, las leyendas que alberga, la devoción de los Piaroas, el respeto que infunde y la conciencia que se crea de proteger, cuidar y adorar este tesoro natural que se manifiesta tan enérgicamente y que alimenta, tomando a cabalidad las leyendas, a todos los hombres de corazón puro.

Una vez que los latidos del corazón se acompasaron, que los ojos se acostumbraron a la luz, al resplandor de las copas de los árboles, a la variedad de verdes, a la vibra única de ese lugar que embruja, el silencio se hizo dueño del espacio en el que sólo había lugar para la contemplación y para agradecer poder presenciar a la montaña sagrada, al Autana.

“No sé a dónde vamos, no sé dónde queda, sé que alguien nos espera “ Brújula. Gaélica

Galicia huele a magia

El día que conocí las ruinas celtas de Santa Tecla, fue el mismo día que me subí a la barca en la mano de la Virgen de la Roca y el mismo día que conocí la ciudad a la que llegó Colón luego de regresar de su primer viaje a América. El día que me enamoré, perdidamente, de Galicia.

Estaba en Vigo de visita y por un día, lleno de magia y paisajes increíbles, emprendí camino hacia Baiona, un trayecto colmado de verde que pronto sería marrón y naranja en lo que se estableciera el otoño, un bus llevándome a parajes que nunca había transitado, una gente hermosa que me ayudó a llegar a los diferentes lugares que quería visitar. Esa tierra tiene exceso de encanto, es como un misterio pendiente por revelar, el color del mar es intenso y poderoso, huele a naturaleza, historia, salitre y aceite de oliva.

Hay un lomita en la costa que alberga un castillo medieval herencia de los Reyes Católicos, hoy convertida en hotel, una fortaleza pétrea que se impone y avisa al navegante que ha llegado a tierra, está decorado con escudos, armaduras y alfombras que evocan los tiempos de doncellas y caballeros a su rescate, también tiene una carabela en la orilla, réplica de La Pinta comandada por el genovés en su primera travesía transatlántica. Las murallas que custodian el castillo estaban abiertas al público y pasé a tomar fotos, a fantasear con la idea de damiselas e hidalgos y me encontré esquivando gaviotas que volaban por todo el lugar dejando su camino marcado.

Empezaba el otoño arrastrando aún vestigios del verano, el clima estaba delicioso las hojas de los árboles luchaban para no perder su hermoso verde y finalmente caer. Era tiempo de conocer, de darle la vuelta a este pedacito de tierra española que, aún varios años después de haberla conocido la recuerdo con total amor. Tiene calles empedradas y un delicioso aire literario, una avenida larga llena de comercios veraniegos y tabernas que datan de hace trescientos años. Es un lugar de cuentos.

Alejándome de la playa para adentrarme en los secretos gallegos me encontré con el monte Sansón y su Virgen de la Roca, una sublime divinidad mariana hecha en granito y mármol que tiene una barca en su mano izquierda y resulta el mirador más impresionante de toda Baiona. La Virgen tiene escaleras por dentro en espiral y en las

paredes siguiendo la forma de caracol está escrito el Padre Nuestro, a medida que se sube se va leyendo la oración, se sube rezando literalmente hasta alcanzar la barca. Una vez allí, pude ver la ciudad en toda su extensión, la admiré, la adoré. La imagen de esta parte de Galicia con su azul e imponente visión del Atlántico, ahí donde se respira el mar desde la montaña, es hasta ahora una de vistas más hermosas que he tenido la oportunidad de presenciar.

El espectro es tan amplio, que ese mismo día luego de bajar las escaleras en caracol, y salir del monte Sansón con muchas fotografías para el recuerdo, llegué a Santa Tecla. Trazando un camino sobre la historia, esa llena de magia, de misticismo, de natural y de sobrenatural, en donde los celtas dejaron buena parte de sus conocimientos, de sus creencias, de su forma de vida y sus costumbres. Están alineados los árboles, todas las piedras, los caminos, eran una sociedad organizada y fabulosa, contaban con un espacio privilegiado y un mirador natural fantástico. Hay una casa reconstruida para hacernos una idea de cómo vivían, de cómo se integraban, qué comían y cómo lo cocinaban. Espacios circulares con paredes de piedra y ventanas pequeñas, techos de paja y con poca distancia entre ellos. A pesar de que la mano destructora del hombre ha hecho estragos en muchos lugares, que los asentamientos celtas de Santa Tecla se conserven indica que hubo algo de respeto por la historia que allí se vivió.

Ese mirador natural es un espacio sublime, desde lo más alto de la montaña se puede observar un evento fantástico, la desembocadura del Río Minho en el Atlántico, donde confluyen armónicamente el agua dulce y la salada, es el espacio que separa a España de Portugal, donde se admira la grandeza de la naturaleza, donde se siente el latir de una tierra hermosa que cuenta en cada piedra, cada rama de árbol, cada soplo de la brisa una historia que tiene miles de años contenida en ese lugar. En la misma montaña, al salir de las ruinas celtas, hay un camino que lleva a una cruz católica de piedra y musgo enclavada en la cima, ese paso estrecho que fusiona dos puntos de la historia, es el mejor lugar para ver la unión del río con el mar, la visión es tan amplia, tan limpia, tan delicada, que inspira mucha tranquilidad.

De regreso, después de haber presenciado tanta belleza, de haber hablado con gente fabulosa, volví a la empedrada Baiona que con las luces de la noche adquirió un tono dulce, de ciudad que abraza, de lugar de paz. Pasé a encontrarme con unos amigos y fuimos a comer a una taberna medieval con paredes de piedra, bancos y mesas de madera, barriles llenos de vino y un profundo olor a ajo y aceite de oliva. Compartimos tapas de tortilla de patatas, gambas, bacalao, olivas, jamón, variedad de mariscos, todo

un festín culinario lleno de sabor del Atlántico, hasta tuve que probar unas orejitas de cerdo, que no las repetiría pero había que intentarlo. Probé vino de barril servido en jarra y ensalada de cerdo con calamares, mariscos al ajillo y para cerrar pulpo a la gallega.

A media noche tomé el bus de retorno a Vigo, con el cansancio a cuestas y la sensación de haber pasado el día metida en un libro. Galicia entera se me hace fantástica, esa tierra entrañable y amada a la que siempre hay que volver, donde se consigue a alguien con algo que contar y tiene ese olor perenne a aceite de oliva y a historia. Galicia huele a magia.

"You're such a fugitive, but you don't know what you're running from." Old yellow bricks. Arctic Monkeys

Tombreck, en pleno corazón de Escocia

Lo más atractivo de viajar, al menos para mí, es poder percibir los olores y sabores de cada lugar, poder tocar la tierra, la arena, las plantas, llenarme las pupilas de los diferentes colores, los intensos azules del mar, los azules verdosos de los ríos, los enigmáticos colores oscuros de los lagos, los verdes de la vegetación, perderse en los ojos de algún viajero, de algún niño, de algún poeta. Es fascinante ver como las personas de diferentes lugares abordan al mundo, es incursionar en la burbuja particular de alguna población y permitirse ver todo desde otra perspectiva.

Atravesar Escocia fue adentrarse en una particularidad hermosa, en la que además de tocar la tierra, sentir el frío y maravillarse con los rayos del sol colados en las nubes, tuve oportunidad de convivir con seis personas más que hacían esta travesía conmigo y aprender tanto de las Tierras Altas y los *kilts* como de mis compañeros de viaje. Éramos siete espíritus libres buscando algo, siete almas enamoradas de una tierra fabulosa que nos dejó pasar a tomarnos una pinta, disfrutar del frío, de su gente, de sus colores y de sus juegos del medioevo.

Los nombres de cada pueblito me tenían encantada, las primeras noches dormimos en uno llamado *Pitlochry* y allí encontramos la destilería de whisky más pequeña del país. Cerca otro pueblito, emblemático por su historia independentista que se llama *Kilikrankie*. Y así continuamos el recorrido hasta llegar al Museo del Chocolate en *Aberfeldy*, ese olor está guardado en mi memoria tanto como el lugar en sí, es de esos sitios que se meten en la maleta de la remembranza. De allí en adelante el paisaje nos arropó, era una obra de arte continua, una perfecta combinación de verdes de los árboles y del musgo pegado en las piedras, el gris de las nubes con el gris de las rocas del camino, el azul de algún lado del cielo que no se quería dejar tapar por las nubes con el azul intenso del Lago Tay.

Íbamos camino a *Killin*, un lugar que según los mapas tiene un *stone circle*, una mini versión de *Stonehenge*, que nunca encontramos por cierto, cuando nos topamos con la entrada de una huerta y pasamos a preguntar por la información que andábamos buscando, costumbres y actividades de ese camino lleno de vegetación y granjas esporádicas y *Tombreck* nos atrapó.

Nada más llegar y admirar el panorama ya era una ganancia, el paisaje es tan sublime, los colores están tan complementados y el espacio ahí es tan grande que nos enamoramos todos de todo, de la siembra, los animales, el lago al final del terreno, el desorden de la construcción de las casas, no están ni alineadas ni son del mismo estilo, cada una fue hecha a capricho por sus habitantes y eso hacía aún más acogedor el lugar.

Tombreck resultó ser una especie de cooperativa, los dueños de esas tierras son una sucesión de muchos hermanos que viven en las ciudades grandes y sólo uno de ellos se quedó allí a trabajar la tierra. Con un permiso de habitabilidad y ganas de integrar a las comunidades, brindarles facilidades de vivienda y entendiendo la necesidad de hogar de muchas personas, se establecieron en ese espacio diferentes familias que han ido construyendo sus casas, sembrando sus cosechas e intercambiando sus productos con los integrantes de esa comuna y con el resto de las familias que viven por fuera de *Tombreck*.

Nos recibió la hijastra del dueño, y nos explicó un poco la actividad de la granja, pero nos pidió que esperáramos a su mamá, pues era ella quien nos daría la vuelta por el terreno y nos hablaría de todo el funcionamiento. Al empezar la caminata entramos en el área del invernadero, primer lugar de Escocia donde hacía calor, estaban curando un sembradío de lechugas que les había caído plaga, cerca había un charco con una cerdita muy simpática y un montón de patos escandalosos. Llegamos al umbral de la casa principal, una construcción que data de principios del siglo XIX. El dueño es un señor que parece sacado de una película, con una incipiente calvicie y cabello creciendo hacia los lados, con botas de lluvia y mirada distraída; nos contó que él fue el único de sus hermanos que decidió seguir adelante con la sucesión y poner a producir las tierras heredadas.

Nos explicaron que todo lo que se siembra allí es consumido por ellos mismos y el resto es vendido en el mercado semanal en la plaza de *Killin*, el pueblo más cercano. Avanzamos y fuimos conociendo a las familias que ahí habitan, tropezamos con un señor que trabaja con la reforestación de los bosques locales, nos contó cómo calculan la edad de los árboles, deforestan para construir casas y hacen donaciones de madera a los lugares que más lo necesiten y luego invitan a las escuelas locales para que los niños participen en la reforestación. Tuvimos la oportunidad de ir con él y su equipo a ver todo el proceso en un campo cercano, el almacenamiento de los árboles talados, jugamos con su perro que estuvo todo el tiempo con nosotros, nos mostró los troncos

que serían donados a diferentes instituciones. Es una labor por demás loable, fascinante y edificante.

La esposa del dueño es arquitecto y diseñó un lugar de actividades múltiples justo al lado de la casa del guardabosque, es todo de madera perfectamente trabajada y huele a barniz, fue pensado para el entretenimiento y la salud de los habitantes de esas tierras en el que se imparten clases de yoga y baile. En el segundo piso hay un taller de pintura en el que cualquier persona puede ir a desarrollar sus aptitudes artísticas. Más adelante hay un pabellón donde celebran fiestas, bodas, año nuevo y siguiendo hacia adelante se llega al Lago Tay que surte de agua a toda la granja, este lugar se llama *The Big Shed*.

Justo ahí, en el sendero que lleva al lago, dejando detrás las casas, hay un punto donde se puede ver todo el paisaje, los colores intensos de cada elemento que componen este espacio. Las nubes habían dejado un lugar para ver el celeste cielo hacer juego con el azul enigmático del lago, el verde de las plantas era vivo, intenso, contrastaban en perfecta sincronía con el marrón de la tierra, y soplabla una brisa fría que entonaba acordes musicales con los matorrales y los árboles, con el agua de lago, con el cielo. Un lugar mágico en el medio de un país que desborda encanto.

Llegó la hora de partir, había que continuar el camino hacia *Killin* y luego a los *Trossachs* donde pasaríamos esa noche. Escocia nos enseñó mucho, hallamos tantas maravillas juntas que es un destino recomendado para todos los viajeros que deseen un encuentro directo con una naturaleza receptiva y preciosa, quedándonos con Tombreck como el ejemplo de una comunidad queriendo vivir en paz y devolviéndole a la naturaleza lo que nos da para vivir, lleno de gente hermosa y dispuesta a mostrar que es posible la convivencia sin irrespetos

Érase una vez en el techo de La Pedrera

Nada mas llegar, dejar que la luz inundara mis pupilas y encontrarme con esa maravilla de la arquitectura, con la sublime idea de un patio de juegos para niños, con escaleras, torres, claridad y oscuridad, guardianes y malhechores. Los techos de los demás edificios quedan opacados ante tanta creatividad, la calle se ve distante y larga desde ahí, se vislumbra el *Passeig de Gracia* en todo su esplendor, pero eso no es importante. Las subidas y bajadas, la cerámica troceada, es como un ajedrez muy divertido.

Barcelona es una ciudad a la que se le debe tratar con detalle, tiene tantas cosas que ver, tantos espacios que recorrer, tanto que mirar, tanto que disfrutar y sobre todo demasiado que enseñar. Hay dos obras de Gaudí en el mismo Paseo de Gracia, donde al final, llegando a la Avenida Diagonal hay un palacio, del lado opuesto se llega a la Plaza de Catalunya y en el camino está la fuente que hace intersección con la Gran Vía de *les Corts Catalans* y no me he movido de la misma calle. Por eso, tanta delicia contenida en una sola ciudad debe ser detallada por maravilla vista o visitada

Cuando llegué por primera vez a la Casa Milá, llamada con cariño La Pedrera, pedí por favor que no me cobraran entrada porque mi apellido es el mismo del señor que mando a construir el edificio, un poco de humor para empezar el día estaba bien. Pagué mi entrada y trate de hacer el recorrido como indicaban que se debía hacer pero, soy terrible siguiendo instrucciones. Sólo pasar a la antesala donde la luz hace su juego con los colores de las paredes ya me hipnotizó, me hechizó, me hizo repensar el prisma y apreciarlo infinitamente, no era creíble que los colores jugaran así con mis ojos.

Es tal el espectáculo que no deseaba moverme de ahí, hay dos entradas de luz importantes que vienen del techo y el juego visual que hace con los colores de las paredes es un concierto de ensueño. Subí las escaleras que llevan al techo pero me desvié para entrar en un ático, cuya estructura da la impresión de caminar por dentro de la boa que se comió al elefante en El Principito, es el esqueleto de una culebra, el techo con sus adoquines, el camino curvo, la silueta irregular que se infla y se desinfla a medida que se camina. Me colé por una puerta abierta que conduce al techo del edificio y fue ahí, donde llegue a mi paraíso particular, a mi lugar favorito en Barcelona, compartido con Santa María de la Mar.

No sabía que hacer primero, si tomar fotos, respirar, admirar, correr o todo junto. Subí los primeros escalones mientras la vista se me perdía ahí en la cara de los guardianes, en las formas de las cruces, en el encuentro con la oscuridad del malvado cubierto de botellas, bajé las escaleras y comenzó el juego en esa pista curva, pasé por debajo de los puentes que hacen las figuras, ya estaba en el tablero de ajedrez, guardianes, reyes, reinas, peones. Y a lo lejos el cielo y el resto de los techos, envidiosos de su condición plana e igual, cuadrada y perfecta.

Los guardianes te miran, aprueban si pasas el umbral de luz, dan permiso y el techo de La Pedrera se abstrae de la cotidianidad, del ruido, del *smog* y se convierte en ese campo de juegos de niños, en esa ciudad sin fronteras donde absolutamente todo es posible, entonces el malo, el oscuro, el que está cubierto de botellas trata de huir, la cruz se levanta la falda hasta el tobillo, saca el pie, el malo tropieza y cae. Es desarmado, pero aun así lucha y se retuerce tratando de escapar de los guardianes, pero se lo llevan preso para que todos podamos vivir felices para siempre.

*“Es sólo una cuestión de actitud, atreverse a desplazarse en el tiempo “ Es sólo una cuestión de actitud.
Fito Páez*

Fito en Panamá

La total oscuridad del escenario le dio paso a un flash y a una serie de entonaciones que alertaron la presencia de Fito; ataviado con ropas rosadas, en pantalones cortos y zapatos con luces, al aire libre, salió con su *Gibson Les Paul* en mano a descargar esa energía particular que irradia y contagia y que rodeó a todos los asistentes con su carisma y su música. Desde el mismo momento en que comenzó a cantar se desplegó como por magia, una vibra única que envolvió a todos los presentes, generó gritos, cantos, desafines y hasta llanto.

Al momento de sentarse a cantar *Un vestido y un amor*, pidió que arreglaran un ruido que no lo dejaba interpretar y mientras, nos contó la historia que inspiró ese tema, de cómo se enamoró, de cómo era ella, de cuanto duró ese amor y una vez solucionado el problema de sonido, procedió a entonar la canción a la que le había hecho la hermosa introducción.

Regaló toda una demostración de sabiduría musical, se paseó por la guitarra, por unos timbales donde hizo un poco de percusión y por supuesto entonó con fuerza, con autoridad y con absoluto amor las notas en su piano, manifestó su admiración a Charlie García y antes de despedirse presentó sus respetos y cariño a Rubén Blades y a su tierra. Cuando interpretó *A rodar mi vida*, puso a flotar a la gente en un clima de fiesta y alegría, con esa letra cargada de incertidumbre sobre el futuro que inspira a encarar la vida con optimismo.

La caminata por su repertorio fue un absoluto placer, *Circo beat*, *Naturaleza sangre*, *Yo te amo*, *La rueda mágica*, *11 y 6*, *Brillante sobre el mic* y “dale alegría, alegría a mi corazón que afuera se irá la pena y el dolor” se extendió en un coro uniforme y en los Jardines de Amador se escuchaba una sola voz clamando esa alegría. La introducción de *Al lado del camino*, en la que habló de palabras en las que ya no creía y la fe que le tenía a las que cantaría a continuación me hizo llorar de emoción, sencillamente no podía creer que estaba ahí y que Fito cantaba a unos metros de mí.

No cantó la canción del quinto elemento, *El amor después del amor*, ni tampoco interpretó *Cadáver exquisito* donde diserta sobre la imperfección del amor y el odio,

pero escogió un puñado de canciones con las que logró envolvernos a todos en una burbuja llena de emociones, viajes en el tiempo, filosofía y amor en la que todavía hoy, unos días después de haber estado allí, sigo inmersa.

“la vida tranquil·la dels dies d'estiu, les nits a la fresca banyant-nos al riu” Vull estar amb tu. Els Catarres

Siurana, el último reducto árabe

“Desde Siurana se ven soledades; / ella es una impasible soberana / dominando los buitres y los riscos”. Josep Carner

La Reina Adbelazia, al verse sitiada por los colonizadores cristianos se montó en lomos de su caballo y se precipitó por el abismo. Casi todo su pueblo había sido aniquilado por las fuerzas conquistadoras y al saberse derrotada cabalgó hacia su trágico final, aún hoy se pueden ver las marcas de las herraduras en la roca.

La comarca del Priorato, resguardada por la Sierra de Gritella, fue el último territorio de taifa en ser conquistado en toda Cataluña después de casi trescientos años de ocupación. Siurana, establecida en la cima de la sierra de Montsant, se alza orgullosa ante una majestuosa compilación de paisajes idílicos, a lo lejos los picos nevados de la Sierra del Prades, una vista panorámica de antología en la que los acantilados transmiten miedo y la admiración, un pueblito con poquísimos habitantes y unas nubes que juegan siempre con la luz para descubrir los más exquisitos rincones de ese recóndito y hermoso lugar.

Siurana fue construida sobre esa cima con el reto de perder para siempre el miedo a las alturas, los despeñaderos inspiran respeto pero seducen por tanto encanto, la diversidad de montañas, la nieve al fondo, las nubes haciendo almohadas sobre las cimas, la arquitectura de piedra, los fríos vientos, la irregularidad de las losas de roca, los restos del castillo de la reina mora, el lugar desde donde saltó con su caballo y a lo lejos, el embalse homónimo que se siente seguro ante la mirada vigilante de su pueblo desde lo más alto. Caminar por esas calles genera esa fantástica sensación de ir sobre los pasos de la historia, revive a través de sus ruinas, sus casas, su iglesia (referencia inequívoca de la conquista cristiana sobre territorio moro) y sus calles empedradas, la vida de tantas personas que al pasar de los siglos han transitado y escrito un pedazo de ese cuento maravilloso.

Adbelazia era la reina mora más hermosa, lo que generaba recelo e intriga entre los conquistadores que sólo habían escuchado historias diversas de la magia impactante de la soberana, de su poder y su don de mando, de su fuerza y voluntad férrea, de su bondad con los habitantes de sus tierras, de su coraje. Rompió los esquemas establecidos de mujer sumisa y sometida, asumió el rol de reina gobernando en las

largas ausencias de su esposo, el rey Almemoniz, manteniendo alejados de la fortaleza de Siurana a todos los que quisieran tomar control de esas tierras. En el momento que un habitante de la villa los traiciona, los cristianos entran, masacran y acaban con el pueblo entero y ella, antes de rendirse, se subió al lomo de su caballo y saltó al precipicio, hoy ese espacio se llama el Salto de la Reina. Su cuerpo fue encontrado y sepultado con los honores correspondientes a su estatus y valentía. Se cuenta que en noches de luna llena se puede ver la silueta de la reina cayendo al abismo y si se presta mucha atención se puede escuchar el relinchar del caballo. Su historia, coraje, voluntad y entereza han sobrevivido a los siglos y son un referente de la lucha femenina sobre los estereotipos institucionalizados que anteponen el género a la gestión.

No sabía la reina mora ni los colonizadores, que tantos siglos después la estructura del pueblo seguiría estando casi igual a como la dejaron, que Siurana sería el albergue de viajeros, montañistas, escaladores y visitantes curiosos que se encuentran al llegar con un castillo árabe en ruinas donde habitó la admirada Adbelazia, unas casas adoquinadas que datan de los tiempos de la reconquista, unas callejuelas empedradas con evocaciones románticas, un mirador natural que permite perderse entre la imaginación y la belleza, unos acantilados que juegan con el vértigo y las ganas de aventura de los curiosos visitantes. Siurana es un enclave mágico, un espacio pleno de aire muy puro, que permite detenerse sobre las rocas en la cima de esa montaña y estar unos metros más cerca del cielo.

“En los años mil seiscientos cuando el tirano mandó, las calles de Cartagena aquella historia vivió” No le pegue a la negra. Joe Arroyo

Cartagena de cerca

Es muy difícil ser turista en la ciudad en la que vives, te sumerges en la rutina de ir a clases o al trabajo y por lo general no te das la oportunidad de ver las cosas, los paisajes, la gente alrededor, los detalles, los colores. Ese fue mi caso en Cartagena.

Estuve allí, estudiando durante un año, haciendo rutina, iba a la playa y me maravillaba con las murallas de la Ciudad Antigua, la Heroica Cartagena. Adoro la ciudad, su olor a salitre, su gente cándida, su historia llena de detalles y de colores, sus bailes en las plazas, pero sentía que me faltaba involucrarme más con la gente, debía dejar de ser un agente más de la cotidianidad y sumergirme en la cultura de una ciudad que me recibió como si yo fuera una cartagenera más.

Un día a inicios de febrero, me contaron que había (como todos los años) la procesión de la Virgen de La Candelaria y con mis compañeros de clase, nos fuimos a caminar con Cartagena desde el pie de La Popa hasta la cima del cerro La Popa, la única montaña de la ciudad, detrás de esa roja y magnífica marea de creyentes convertida en manifestación popular. Nos internamos en la caminata junto con centenares de devotos que iban a ver coronar a su Virgen un año más en la capilla que los sacerdotes agustinos tienen para ella en su convento.

Cuentan los cartageneros, que ese convento agustino fue instalado en la cima de esa solitaria montaña buscando acabar con las adoraciones paganas de indígenas y africanos que habitaban para principios del siglo XV en plena época colonial, en ese enclave geográfico. La subida para llegar al convento tiene una inclinación importante, es agotador el recorrido, pero es maravilloso subir bailando, hablando, riendo, sintonizados con el fervor popular y con el amor demostrado a esa manifestación mariana, la reina de esa montaña, el motivo de amor para miles de feligreses congregados ahí para celebrarle a la virgen su día.

Paramos por el cansancio, tomamos fotos de la ciudad a medida que íbamos subiendo. Disfrutamos la interacción con ese hermoso pueblo, y fuimos finalmente parte de la energía de la ciudad en una actividad muy alejada de la rutina. Sentimos como cambiaba el clima a medida que subíamos y agradecemos mucho el cambio de calor húmedo sofocante a “fresco” que estábamos experimentando.

Una vez en la cima del cerro, entramos en las inmediaciones del convento Agustino, que sólo habíamos visto desde la Avenida Pedro de Heredia y pudimos disfrutar de una vista 360 grados de la ciudad, de una brisa deliciosa, de unos cantos populares y de unos bailes esclavos heredados de tiempos remotos en honor a la Virgen en un domingo totalmente diferente. El piso es de piedra, el original de cuando construyeron el convento, las flores que adornan los jardines aledaños son un abrazo de bienvenida al caminante que llega cansado, la cruz de piedra en el ala norte de la carcasa pétrea muestra un Mar Caribe abierto a la contemplación. Nos costó mucho llegar a la puerta de la capilla entre los feligreses, los viajeros, los curiosos y nosotros, era casi imposible caminar, pero logramos ver cuando la Virgen fue colocada en su altar luego de ese largo camino de peregrinación. No se puede pasar hacia adentro del convento, ese espacio está reservado para los sacerdotes.

También nos pusimos en contacto con la Cartagena no turística, con la que no se ve, con ese colectivo trabajador que no vive en las zonas bonitas, con el ciudadano de a pie que sonríe y que vive fuera del ojo de las cámaras de los visitantes. En la parte sur del cerro de la Popa, bajando de la montaña hacia la cara de la ciudad que nunca se ve, la carretera de la parte de “atrás” de la ciudad, late el corazón de una población simpática y alegre, que vive en casitas de madera y caminos de tierra, que no se percibe si se está de visita, que vibra y produce, que trabaja, que padece y siente, que existe y debe ser tomada en cuenta. Las sonrisas más sinceras, los ojos más cristalinos, la belleza en su expresión más pura, la recuerdo de los niños que viven en la Popa.

Comimos sentados en las barandas de piedra que circundan el convento, pasamos buena parte del día entre fotos, vueltas al lugar y bailes. Una vez terminada la ceremonia, cuando los feligreses empezaron a salir de la capilla, comenzamos a bajar el cerro caminando hasta la avenida con camino a La Heroica, La Ciudad Amurallada, la historia colonial mantenida entre casas, calles de piedra y murallas, aquellas que fueron construidas para separar, para limitar, para defender. Esas paredes que según cuentan los lugareños, se pegaron con sangre de indio y sudor de esclavo, son ahora el corazón del turismo de Cartagena.

Llegamos para caminar como visitante recién llegado, a jugar al regateo con los vendedores ambulantes y ver sus artesanías, a comer raspados de mil sabores con leche condensada en la Plaza San Pedro Claver, a tomar cerveza y tratar de huir del calor. Sentarse en la parte alta de las murallas y respirar la constante brisa marina, dejarse arrullar por el canto de las olas yendo y viniendo, esperar la función gratis de un

sol derriéndose al fundirse en la línea del horizonte. Detalles, que a pesar de la cotidianidad, siempre se aprecian y se fijan en la memoria del caminante, viajero, curioso o habitante de la ciudad.

Como legado de un pasado de batallas y colonización, una serie de cañones apostados al norte de la muralla, dispuestos para defender la ciudad de cualquier ataque de otra colonia o peor aún, de piratas (que a pesar de ellos lograron llegar a las costas colombianas y dejar su nombre grabado en una cerveza o en una marca de cigarrillos), esos símbolos de barbaridad y masacre, son hoy un punto de encuentro y de fotografía donde nosotros, esperando ese fabuloso y anaranjado atardecer, no dejamos pasar el momento y procedimos a capturar las aventuras, risas y emociones. Queda reflexionar en el uso actual de algo que fue creado para el exterminio, queda dejarles a los políticos actuales y sus prioridades, una acotación certera de para qué servirán en doscientos años las decisiones que tomen.

Entre la subida al cerro de la Popa y cómo logramos abstraernos de la cotidianidad a través de actividades tan simples, divertidas y aleccionadoras; la exploración de un atardecer fabuloso lleno de olor a salitre, ruido del mar y brisa para escapar del calor húmedo siempre presente en Cartagena, buscamos cerrar el día con alegría, de la rebotante, antes de partir al encuentro con la rutina. En la plaza de Bolívar, en honor al prócer venezolano quien confesó haber conseguido la gloria en tierras cartageneras, se reunió un grupo de chicos a bailar por cien, mil o dos mil pesos, y ofrecieron ahí una de las manifestaciones culturales más hermosas que haya visto, bailaron con el cuerpo, el corazón, el alma y nos dejaron la sensación de un domingo completamente fuera de lo regular.

Lo más extraordinario de la Heroica, es que siempre sorprende, bien sea con los bailes en las plazas públicas, con las carrozas que evocan épocas pasadas, con sus vendedores ambulantes, con sus iglesias en constante restauración, con sus entradas diversas. Cartagena es una ciudad inolvidable. Y fuera de las murallas, donde la realidad dice presente, donde la convivencia se concentra en cada uno de sus habitantes, es aún más maravillosa. La comida es un punto importante porque adicional a los miles de restaurantes, hay muchos “chiringuitos” ofreciendo variedad de platillos de todas las regiones de Colombia.

Cartagena es para mí un referente de libertad por temas meramente personales, pero a todo aquel que la visite le recomiendo que se salga de lo convencional, que no se deje

llevar por las guías regulares de viajes, que se adentre en el calor de la población, que camine mucho, que hable con los vendedores ambulantes y los bailarines de Mapalé. Que disfrute de la arquitectura, caminando por las calles empedradas de la historia, que se tome una cerveza en la plaza San Diego y comparta con los estudiantes y artesanos, que se siente en la casa alemana o en la alianza francesa a disfrutar de buen cine a excelente precio, que coma arepas en la plaza Fernández Madrid y raspados en la plaza San Pedro, que disfrute ampliamente del juego del regateo con los vendedores ambulantes y se siente a ver pasar un rato del día en el árbol que está en la plaza Santo Domingo.

"Y digo yo, vas regalándole al día carga de buena energía vas haciendo más humano mi sentir y mi cantar." Cerro Ávila. Ilan Chester

La cotidianidad desde las alturas

Cada día, como si fuera un acto rutinario más, al tomar el autobús para ir a la oficina me topo con las mismas caras, los mismos buenos días, las ausentes sonrisas opacadas por el sueño demoledor de un día cualquiera a las seis y media de la mañana.

Desde la altura de los asientos traseros de las unidades del Metrobús se observa, se siente, se escucha esa sinfonía mañanera del tráfico galopante, de la gente buscando embarcar en algún transporte que los lleve a su lugar de labores, un ruido en masa acompasado por pitos de fiscales, sonidos de teléfonos celulares, pitadas de carros y buses, guacharacas, ronquidos, conversas y una que otra risa, que parafraseando a Libertad la amiga de Mafalda, desentona.

Como todos los días son imposiblemente iguales, la gente repetida y la puntualidad inexacta de un servicio, que a pesar de las vicisitudes, es muy bueno, se ve el ir y venir de una ciudad pujante, de un pueblo que pareciera no tener mucha historia, que no la arrastra, más bien la escribe en un día a día colmado de *smog*, que se acostumbra rápido y conformemente a las desavenencias y que en su polaridad olvida lo sencillo y toma rumbos complicados.

Aún así, es un viaje lleno de maravillas, de vías que se creen conocidas. Es mi particular reencuentro con una ciudad a la que creo mía, a la que he sentido perdida y la he reencontrado varias veces, re enamorándome del camino, de la gente, de las salidas de sol, de esa silueta en dimensiones que desprende el Ávila, de ese ruido que hacen las guacharacas al caer la tarde, que no se entiende, que dejó de ser hace mucho rato, para la mayoría de las personas, una melodía; ese sonido es la conexión con la humanización que tan ausente está de las vueltas autómatas y llenas de temor de los habitantes de esta convulsionada ciudad.

Desde las alturas de la parte posterior de las unidades de Metrobús, veo pasar un pedazo de mis mañanas, un inicio de día muy peculiar, una pelea constante con el sueño y con las personas que no quieren ceder sus espacios a la tercera edad, a las embarazadas o discapacitados, un despuntar del sol que a pesar de las diferentes realidades aparece cada mañana con la puntualidad inglesa de la carecen los conductores de esos autobuses, de ese cielo noble que observa el caos y se resigna

brindando espectáculo para generar sonrisas. Desde esas alturas me rencuentro con mi ciudad, la disfruto, la amo y rezo para que su realidad sea menos dura.

Patagonia, rumbo al Tronador

El ensordecedor ruido que causa el hielo al romperse, el contraste de los oscuros colores de la tierra y las montañas, los trozos de "oro negro" que caen al río son un compendio de maravillas que hacen del Tronador un glaciar único, encajado entre dos montañas y haciendo más energético y majestuoso el Parque Nacional Nahuel Huapi.

Llegar a Argentina fue un regalo, unas vacaciones esperadas y una sorpresa grandiosa, encontrarme con la Patagonia fue, ser parte de un milagro llamado planeta, que no agota su capacidad para sorprender a los viajeros, cada lugar maravilla más que el anterior. Bariloche me recibió llena de cenizas volcánicas, los Andes chilenos estaban en movimiento y una densa neblina de piedra pome cubría parte de las pampas patagónicas, la ciudad estaba sumida en una profunda tristeza porque esa primavera que recién empezaba se veía opacada por las nubes cenicientas y las jugarretas de las placas tectónicas.

Aún ante la perspectiva de no estar viendo la ciudad en su pleno color de primavera, me aventuré a conocer los circuitos (el chico y el grande) que circundan la ciudad, a tomar chocolate caliente y comer tartas de almendras y manzanas, a disfrutar del arte y la magia con la que trabajan la madera y elaboran esas espectaculares figuras, la arquitectura propia de la región con esas casitas alineadas en diferentes tonos de marrón y admirar la flora que se negaba a sufrir las embestidas de las cenizas y decidió mostrar su mejor y mas intenso colorido. Quería llegar a las montañas, explorar más allá de la ciudad, contacté a una agencia de viajes y me hablaron del Glaciar Tronador, de las maravillas naturales del Nahuel Huapi, de las truchas desovando, los árboles milenarios, del oro negro. No había mas que pensar, Tronador sería el destino de las próximas excursiones patagónicas. El servicio y la variedad de los productos turísticos es grandioso, en Bariloche saben el gran poder que tienen sus atractivos y lo manejan con genialidad.

Cuando me adentré en los linderos del Parque Nacional Nahuel Huapi, me interné en su naturaleza pujante y me enamoré profundamente de esa tierra. Antes de llegar al Tronador, pasamos a ver la cascada Los Alerces, que le debe su nombre a unos milenarios árboles que crecen en las fauces de esos ríos. El camino está lleno de milagros, una tienda de comida de una señora de cien años que se ha casado cuatro

veces y su último esposo tiene sesenta, un local con mesas a lo largo y manteles de plástico, sirven gastronomía para pasar el frío y es atendido por su dueña personalmente, ella lleva su centenario en la piel, en las pecas de la nariz y en el brillo de sus ojos, un cabello plateado y unas manos venosas cuentan todo lo que han visto pasar, sin duda alguien imposible de olvidar. De ahí, caminar hasta la cascada y ver esa violencia con la que cae el agua, desesperada por llegar a la tranquilidad del río, cubrir sus piedras, sonreírle al sol y finalmente arribar al mar. Los puentes desde donde se avista la caída de agua es de una madera desgastada que cruje al pasar y permite ver un cuadro hermoso lleno de oxígeno líquido, verde de montaña, un clima deliciosamente frío para esta curtida piel del trópico y al fondo esos alerces, esos árboles tan altos que ven donde nadie puede imaginar que llega su vista y se enorgullecen de sus más de mil años.

Al retornar al camino principal, paramos en un puente sobre un río a ver unas truchas desovando, ellas en su rutina viendo a ese montón de forasteros admirando y fotografiando su cotidianidad, era un paisaje soñado que llamaba a la paz, lleno de árboles y un bote abandonado a las orillas del río, una zona en recuperación por un incendio ocurrido unos años atrás y que aún muestra trazos oscuros del paso del fuego, le tomará mucho tiempo volver a florecer. Después de esos momentos de paz y oxígeno, flores y árboles, truchas y piedras en el río, se emprendió la ruta a lo más esperado de esta travesía, el Glaciar Tronador.

Un camino curvo de vía estrecha, un parador para almorzar en la mitad del camino en una casita acogedora hecha con las mismas premisas de la arquitectura patagónica de madera barnizada y olor a chimenea, finalmente media hora mas tarde llegamos a un lugar donde la tierra es oscura, el panorama es misterioso y el silencio es espeso, la tensión de lugar la rompe el Tronador, ahí se entiende con contundencia su nombre. El hielo quebrándose genera una ruptura desgarrada de la quietud, cae el hielo en las faldas de las montañas donde está encajado el glaciar, rueda sobre la tierra oscura y al caer al río salpica sobre el agua y flota el místico oro negro que navega hasta derretirse y fundirse con las demás aguas del parque.

El espacio para acceder a ver el Tronador es amplio, la tierra intercambia su paleta entre el gris y el negro, las aguas del rio son oscuras y cuenta la guía del grupo de turismo, que no es usual encontrar bruma en el lugar, había una especie de neblina espesa que no dejaba ver bien el glaciar y eso daba un toque de misterio adicional a la ya maravillosa e imponente naturaleza. Después nos confirmaron que no era niebla, ni

bruma, ni frío, era la ceniza del volcán chileno, el travieso que nos hizo la jugarreta de difuminar los colores y la nitidez del paisaje, parecía un borrón gris en el que sólo nos acompañaba el ruido del Tronador cuando se quebraba el hielo, lo demás tuvimos que dejarlo a la imaginación.

El retorno fue igualmente mágico, porque se puede ver lo que no se pudo en el camino de ida, las flores del camino, el color de los lagos, las piedras apiladas y la caída de la tarde. Llegamos a Bariloche casi de noche, acariciando los últimos colores del atardecer cayendo sobre las aguas del Lago Gutiérrez, fui al encuentro con mis amigos que me estaban esperando y de ahí a disfrutar de la ciudad de noche, a degustar las delicias patagónicas, a respirar esa mezcla de primavera con cenizas volcánicas, a disfrutar de la paz de una ciudad diseñada para recibir viajeros.

Depeche Mode en Atlantic City

Lejos de lo que contara Leonardo Padrón en su crónica de cómo Madonna tomó Medellín, Depeche Mode no movió ni un ápice la quietud de Atlantic City, ni se sentía el ambiente de fiesta de que ellos estarían en la ciudad ese día, pero mi tranquilidad estaba ausente, mi emoción no cabía en los escasos metros de una habitación de hotel, mis ganas de reír eran infinitas, mi felicidad era incontable de lo inmensa porque iba a presenciar un clásico de la música, porque estaba en una ciudad nueva para mí, en un lugar lleno de energías diversas y deliciosas, un mar espectacular y un cielo a veces azul a veces nublado.

La primera impresión fue llegar y ver la línea de hoteles inmensos custodiando el mar, detrás de estos colosos de la hostelería se percibe una ciudad pequeña y tranquila, llena de población diversa y brisa marina. Al llegar al hotel la percepción de sencillez perdió brillo y entré en un mundo de opulencia, lamparas de lágrimas, escaleras adosadas, alfombras que llevaban a historias del siglo XV y al terminar de subir las escaleras, un enorme y convulsionado casino.

Esa primera noche, el día antes de ver a Depeche Mode, salí a recorrer el *boardwalk*, a comer, a respirar esa brisa marina, las caminerías de madera que acceden a la playa y justo frente al antiguo puerto, hoy sede del Miss USA, una banda de Jazz hizo vibrar el bulevar, se llenó de sonido el espectro, se nubló de solemnidad el lugar, se convirtió en magia el momento. Después de comer, aún con la sensación de bruma musical bien interpretada, tocó dormir para empujar el amanecer y así estar más cerca del objetivo: Depeche Mode.

Amaneció, llegó el desayuno, la playa en su vivo color atlántico, el olor a salitre mezclado con las risas de los niños corriendo en la orilla, se escapaba el verano dando sus últimas pinceladas de calor, fui a la playa, me quité los zapatos, me escabullí en la fría espuma y dejé que mis pies se llenaran de esa energía marina que recarga baterías, sigo descalza al encuentro con un amigo que hace tanto no veo. No moja sus pies, pero me espera y de ahí nos vamos a caminar el resto del bulevar hablando de todo y de nada.

Atlantic City me tiene enamorada, me atrapa, su energía me hipnotiza y aún no he vivido esa experiencia musical que fui a ver. Entre casinos, almuerzos, mas bulevar, mas playa se hace la hora de partir a ver a la banda que me hizo tomar dos aviones y un largo trayecto en carretera. El lugar es imponente, la sala es extraordinariamente grande, la acústica ensordece.

Depeche Mode ha dado un concierto inolvidable, el sonido, la selección de canciones , la voz, la simpatía, el derroche de luz, de sonido imponente, de magia en escena, de magnifico *performance* me emociona cada vez que lo recuerdo.

Ellos no tomaron la ciudad, ni había alboroto por la presencia de la banda allí, no se paralizaron las actividades regulares del lugar, ni la vida local giraba en torno a ellos, tal como pasó con Madonna en Medellín, pero tomaron un pedacito de mi historia viajera y la convirtieron en melodía y sonrisas .

Viaje con los sentidos

Indira se montó en el lomo de un elefante y contó que la textura era rugosa y el pelo del animal parecía un alambre, pero que sintió tanta confianza, tanto amor de su nuevo amigo que lo que quedaba era contar su historia y reír cada vez que la recordara.

Voló por tres continentes hasta que al fin pudo arribar a Tailandia y así sumergirse la cotidianidad de Bangkok, nadar en las aguas del Mar de Andamán cuando llegó a Phuket y disfrutar de una caminata diferente al lomo de un elefante en Chian Mai, adicional a que degustó toda la fabulosa gastronomía local, no sólo en restaurantes sino también en los tarantines de la calle. Habló con los taxistas, regateó con los vendedores ambulantes, compartió con los conductores de tuk-tuk o taxis bicicleta, destiló toda su hermosa vibra por Tailandia y regresó radiante para contar todo lo que había experimentado.

Indira sufre de retinosis pigmentaria desde muy joven y con el tiempo ha ido perdiendo la capacidad de ver colores, rostros, letras, ahora sólo distingue objetos claros sobre fondos oscuros y viceversa, pero el brillo de sus ojos está ahí, así como el gusto por disfrutar platos diversos, por tomarse un buen vino, por comer un rico chocolate y sobre todo las ganas de vivir. Es una de mis personas favoritas y es un orgullo decir que es mi amiga, siempre tiene las baterías cargadas, está dispuesta a emprender cualquier aventura, a tomar aviones que la lleven a darle la vuelta al mundo, a reír a carcajadas, a disfrutar de su vida, y entonces se trepó en el lomo de un elefante en Tailandia y se fue a pasear.

Al momento de preguntarle por la comida, ella cuenta las sensaciones que recuerda, las mordidas crujientes, las salsas picantes, la dulzura del Khao tom, el sabor del agua de coco y se deleita de la sola remembranza. Cuando le toca hablar de los olores de cada lugar, describe que el elefante olía mal, que el aroma salitroso de las playas es único. Fascinada, contó que el regateo es una actividad fantástica, también hizo una especie de *rafting* en tablas de madera por un río, no importa si no pudo tener apreciación visual, experimentó un viaje extraordinario lleno de sabores, olores, sonidos y sensaciones inigualables.

Cada vez que se me atraviesa alguna adversidad, que se me escapa el mundo de las manos, que siento, al mejor estilo de Michael Ende, que me lleva la Nada; pienso en Indira, en su entereza, en sus ganas de disfrutar, en su risa contagiosa, en sus formas particulares de hablar, tomo fuerza y continúo, ella me pasa un poco de sus baterías inacabables y sigo el camino. Así como Tailandia, hay mil historias de sus viajes, pero ella contando como era la vida desde el lomo de un elefante, me marcó de tal forma que es su aventura más narrada, al menos por mí, y así comparto la fortuna de que sea parte de mi historia.

Visa para un sueño

Emigrar es una decisión difícil, es romper un vínculo, es decirle a tu país, a tu historia, a tu familia que necesitas vivir una realidad diferente. Es la elección de otro país por encima del tuyo. Las razones que llevan a migrar son múltiples y cada inmigrante arrastra una pena distinta, cada individuo que abandona su raíz es un universo particular de excusas, anécdotas, culpas, verdades, orgullos, todo compilado para ser de allá pero vivir aquí, estar fuera pero ser de dentro, hasta que al final no se es de ninguna parte y de todos lados a la vez.

Cuando decidí emigrar no pregunté mucho de nada, sólo si alguien me podía recibir en su casa mientras solventaba mi situación y hablaba con abogados a ver si podía legalizarme enseguida. Los tiempos sociales y los políticos no tienen nada que ver con el reloj que usamos en la muñeca, cada cosa fluye a su velocidad particular y no había legalización enseguida ni dinero que lo pudiera sustentar. Sabía que no volvería a Venezuela en mucho tiempo, lo que no sabía era cuál sería el rumbo que tomaría.

Tomé un avión a Panamá a principios de un febrero cualquiera, dejando atrás a mi mamá y mi gato, mis primas, mi papá y mi hermano, mi abuela, el queso "telita", las cachapas y el clima perfecto, el Ávila de mis mañanas y mi privilegiada vista de Caracas, pero es que en Venezuela, vivir es un privilegio. Necesitaba sentir que podía salir a la calle en paz, que podía caminar sin miedo, que era capaz de vivir sin sentir que la vida era un préstamo. Debía despolitizar mi espíritu.

Idas y venidas, recomendaciones, opiniones y consejos de amigos, me inscribí en un programa de legalización de inmigrantes en Panamá llamado Crisol de razas, con una serie de recaudos, papeles y alguien panameño que asumiera la responsabilidad de mi estadía en el país era posible que me dieran la residencia y el permiso de trabajo. En el ínterin, mi "presidente" rompió relaciones diplomáticas con Panamá y todos nos vimos caminando por la cuerda floja.

En Venezuela hay un sistema de control de divisas que no permite utilizar las tarjetas de crédito libremente en cualquier lugar del mundo. A partir de esa ruptura de relaciones diplomáticas, muchas personas nos quedamos sin acceso a divisas porque Panamá desapareció del mapa venezolano. El gobierno panameño nos dejó saber que con

nosotros no habría problema, que podíamos seguir adelante con nuestros planes y trámites de legalización.

En marzo, se anunció la fecha del nuevo Crisol en su edición XIV y nos enteramos por la página web de migración que la feria sería en la localidad de Bocas del Toro, específicamente en la Isla de Colón, a diez horas de Ciudad de Panamá. Me inscribí, reuní toda la documentación solicitada, compré el boleto en bus una semana antes de la cita, hice previsiones para llevar en el viaje y armé mi equipaje con rumbo hacia un evento, que me cambiaría la vida, en todos los sentidos.

Salí al encuentro de un camino totalmente nuevo, de una entrega a lo desconocido, de una confianza puesta en las manos del Bien Mayor. Diez horas de sueño irregular, incomodidad, frío, calor, gente, hambre, sed. Llegué al destino y me enteré que debía tomar una lancha para llegar a la Isla, enfrenté una lluvia matutina que impregnaba todo con su humedad, esperando el color del amanecer para sentir que no había ausencia de luz. Hice una fila enorme para comprar el boleto, abordar y dejarme sorprender, enamorar por una bruma mañanera, unas casas flotando en el agua como los palafitos de Sinamaica, como una Venecia rural, una vez más, me acompañaba un recuerdo de Venezuela, unas montañas lejanas llenas de neblina que incitaban al sueño, un olor a salitre que me indicaba que estaba en el mar, o no, en una laguna que se unía con el mar, seguía viendo neblina, llovía con más tesón, y ahí estaba yo, aún confundida, tratando de adivinar cuál era mi realidad, asumiéndome inmigrante.

En esa lancha, me explicaron que la Laguna de Chiriquí desemboca en el mar justo en esa bahía, es un archipiélago enorme lleno de exotismo, de fauna peculiar, de vegetación extraordinaria. Ante mi estupor por lo que veía navegando en esa lancha, sentía que flotaba en las nubes que producía la neblina, había varias islas alrededor, se veía verde al final en la línea del horizonte, palmeras, montañas, agua.

De repente, una salida al mar abierto, al energético Caribe, mi Caribe, el que me enseñó a nadar, el que me bronceó la piel por primera vez, mi mar, mi pedazo de Atlántico particular, ahora unos grados más al norte, me sonreía, me decía que todo el esfuerzo valdría la pena.

Una serie de casas se despertaban a mi izquierda, había embarcaciones y un barco hundido a la mitad, un pedazo de historia atrapada entre el mar y el pueblo que lo alberga, un cuento que ha sido transmitido de generación en generación y que algún

día sabré, porque me gusta saber estas cosas. Unos minutos después arribamos a puerto, desembarcamos y arreciaba la lluvia. Eran las seis y media de la mañana y debía llegar a mi cita con migración, al cambio de los rieles, a la nueva etapa de mi historia.

Desde la salida de Ciudad de Panamá iba custodiada por unos ángeles, una familia colombiana que iba a enfrentar el mismo destino que yo, su cita era un día después de la mía. Hay alianzas difíciles de encontrar y unas vez halladas, difíciles de romper. Esa familia me adoptó, me protegió, me guardó asiento, porque en la sexta hora del viaje debíamos cambiar de autobús, el que nos llevaba hasta ese momento era muy grande para la vía curva y estrecha que completaba el resto de la marcha por carretera. Ellos no permitieron que me quedara sin asiento en el segundo bus, me brindaron comida, apoyo y cariño. Lo dicho, ángeles.

Nos despedimos al bajarnos de la lancha, los vería seguro en algún momento, es un pueblo pequeño lleno de inmigrantes buscando visa para un sueño. Llegué al lugar de la cita y para mi asombro, tenía por delante setecientas personas, ahí supe que la estancia en Bocas del Toro sería larga, no hay alcance para esa premonición, fue francamente larga.

La solidaridad creada a partir de estos eventos no tiene descripción, es un lazo irrompible en el que todos tenemos la misma meta, debemos esperar mucho tiempo para que nos atiendan y no sabemos que vendrá después si nos rechazan esta solicitud, no queremos pasearnos por esa idea.

La lluvia era intermitente, iba y venía de la mano con el calor. Desde donde estaba parada solo veía una calle, que me habían contado, dentro de las especulaciones de la masa en la cola, era la calle principal donde estaba la alcaldía, la notaria, la plaza central con un Simón Bolívar incipiente, y una serie de casas, hostales y hoteles pintorescos, hermosos. Era la mejor forma de saber que me encontraba en el Caribe. El color, el ruido, la forma de hablar, la frescura y el desenvolvimiento de la gente del lugar, la soltura irreverente de las chicas del pueblo, las palmeras que adornan la calle, altas, verdes, listas para recibir con agrado la lluvia que caía sin piedad cuando el cielo se llenaba de nubes oscuras.

No me había movido de la cola, avanzaba un paso cada cuarenta y cinco minutos, había toldos y sillas para albergar las primeras quinientas personas, los demás estábamos a merced del sol y la lluvia alternándose para dejarnos un buen resfriado. A la quinta

hora de espera llegué a los toldos y logré sentarme, todos los que estábamos en el entorno éramos mejores amigos, nos sabíamos nuestras vidas, historias, penas y alegrías, habíamos compartido teléfonos y empezamos a buscar un lugar para quedarnos esa noche, porque algo era seguro, no salíamos de ahí ese mismo día.

Mi amiga, la gran amiga que me dio su nombre y sus datos y se hizo responsable de mí durante estos trámites, me consiguió un hostel en donde podría pasar la noche, dormir unas horas, descansar un rato, lo que ocurriera primero, pero lo más importante podría dejar mi mochila y darme una ducha en cualquier momento, porque la espera era tan larga que nos guardábamos los puestos y nos alternábamos para ir al baño o para comer. En el camino al hostel pude ver un poquito más, el sol había decidido instalarse y ahuyentar la lluvia, los colores se apoderaron de mi vista y al llegar a una esquina y mirar a la derecha pude ver el mar a unas dos cuadras de mí, qué delicia ese azul tan intenso, qué maravilla que el mar exista, qué bendición poderse fundir entre el color y el olor de ese milagro que genera vida.

Pagué la noche en el hostel, dejé el equipaje, me lavé los dientes y volví a salir al encuentro con la misma gente que me guardaba el lugar, con mis nuevos y entrañables amigos. Justo al llegar entregaban unos formularios que debían ser llenados con exactitud, una especie de antecedentes personales. Los llené enseguida, un señor alemán en la fila de adelante pidió ayuda por el idioma y la señora detrás de mí me pidió que llenara la planilla por ella, no sabía leer ni escribir. Un momento aleccionador, la fuerza necesitada para no rendirse a pesar de lo largo del proceso.

La luna se instaló en el final de un día caluroso, lleno de cansancio, risas, más calor y a eso de las ocho de la noche aun quedando delante de mí unas doscientas personas, me fui a duchar. En un paso previo de este operativo nos habían pedido la planilla llena y nos habían colocado un brazalete identificativo como el de los resorts. Llegué veinte minutos después de la ducha sintiéndome otra persona, increíble lo que puede hacer un poco de agua y otro poco de jabón. Al regresar, la cola no se había movido ni un ápice.

Pasadas las once de la noche, con la fila bastante avanzada me llamaron, era un logro haber podido pasar del umbral de la puerta, era una escuela parroquial y los salones de clases estaban acondicionados, bajo el estricto orden de la improvisación, de acuerdo a los requerimientos de cada departamento. Pasé de la puerta de la escuela y me

encuentro con que debo seguir haciendo cola, sentada en pupitres o sillas, lo que estuviera disponible.

Vamos avanzando poco a poco, y me tocó pasar a un salón enorme, asumo que era el auditorio de la escuela por las dimensiones, y en la primera estación de revisión de documentos me indican que hay una carta que le falta un dato. La notaría lo puede arreglar, pero cerró a las once de la noche me dicen. Ve, duerme un rato, come algo, espera que la notaría abra temprano en la mañana y vuelves, parafraseando al agente de migración que me atendió. Era pasada la media noche.

En ese punto de mi cansancio, yo no sabía si llorar, gritar, ir a comer, dormir. Mi cuerpo estaba inerte, inmóvil, hasta que decidí ir al hostel, pasé por el baño a lavarme la cara y quitarme el calor con agua fresca, puse a cargar el celular y salí a comer algo. Pregunté al chico del hostel donde quedaba la notaría, me indicó que justo al frente y me advirtió que si quería ser atendida pronto, debía estar pendiente y comenzar a hacer mi cola desde muy temprano, en plena madrugada.

Terminé dormitando en un sofá en el balcón del hostel, no tenía cuerpo ni ánimo para dormir bien, debía estar pendiente de la notaría y de la gente. El lugar era de madera pintada entre naranja y verde manzana, colores del Caribe los llamé, tomé nota de cuanto pequeño detalle me llamara la atención. Una lagartija que hacía ruido me acompañaba, había muchos extranjeros, irlandeses y alemanes abundaban. Muchas chicas de Estados Unidos buscando un poco de fiesta caribeña, mucho cigarro, mucho alcohol y mucha música se escuchaba en la isla de fiesta desde cualquier punto.

Yo, echada en el sofá esperando mi hora de ir a hacer fila al edificio de enfrente, me quedé dormida. Abrí los ojos y aun no eran las cinco de la mañana y había gente en la puerta. Pasé por el baño, me lavé la cara, los dientes y a correr. Era la décima en la cola a esa hora. Saqué una libreta, siempre hay que llevar dónde y con qué escribir, es realmente útil, y comencé a hacer lista de los presentes por orden de llegada. Fue una opción viable, logramos mucho los que llegamos temprano.

Mientras, los zancudos me comían y yo andaba en vestido. Crucé la calle y pedí un baño o un salón prestado para poderme cambiar, me puse pantalones y a continuar la fila. El sol comenzaba a sonreír, a calentarnos el cuerpo, a despertar ese calor húmedo temprano, a despuntar sus amarillos, azules y rosas en el cielo. Recé, pedí con todas mis fuerzas que todo saliera bien, lo necesitaba. Le dije al sol, ese que comenzaba a

calentar, que demandaba con tanta urgencia que mi realidad cambiara, que por favor me acompañara por el resto del camino. El sol es como la noche, fiel aunque haya nubes que se interpongan.

Eran las siete y no teníamos noticias del notario, un policía pasó y dijo que ellos ahí eran muy perezosos, que seguro llegaban sobre las nueve de la mañana, casi caigo desmayada de la impresión. Un chico de los primeros de la lista, entró y consiguió el número del notario, lo llamamos desde mi teléfono, le explicamos que teníamos una lista y que queríamos que se respetara, nos dijo que iba en camino, que nos atendería en el orden que decía el papel. Hay ángeles en todas partes, solo que a veces uno anda muy a prisa y no los ve. Ese notario, es uno de ellos.

Por supuesto, en la notaria todos querían pasar de primeros, pues no, hicimos que se cumpliera la lista con la autoridad del notario y de un señor panameño con un tono de voz imponente, en el transcurso la gente se acopló al ritmo de la legalización de los documentos.

Mi trámite era un poco más largo que el del resto, y más caro también por supuesto, que me salga todo bien no quiere decir que no haya que pagar. A las nueve de la mañana, después de lidiar con un montón de gente finalmente mi papel estaba listo, podía volver al recinto aquel que dejé a media noche y recomenzar mi gestión migratoria.

Me percaté del edificio donde estaba, era una construcción colonial, las puertas eran altas y amplias, las ventanas eran alargadas y con marcos de madera, tenía un patio interno que parecía un zaguán y una humedad galopante en las paredes, lo están reparando y aun así se puede apreciar el valor arquitectónico que tiene. Cada vez que recuerdo detalles como estos reafirmo que debo volver a Bocas del Toro en otras condiciones, más días, más cómoda y con más dinero.

Salí de ahí al encuentro con mi residencia temporal y me agarró un aguacero de pronóstico, saqué mi poncho, cubrí mis documentos y caminé hasta la escuela que hacía las veces de oficina de migración. No me quité el brazalete del día anterior para que me dejaran pasar, expliqué a unos diez agentes el porqué de mi retorno, mostré la banda en mi brazo, y finalmente caminé hacia el encuentro con mi carnet de residencia.

En el centro de la escuela hay un jardín, lleno de árboles, flores y mucha luz, la verdad que para mi estado de absoluto nerviosismo esa visión de verde, blanco, rosado y paz me tranquilizó. Llegué a la sala enorme del día anterior, había por lo menos quince ventiladores industriales, treinta agentes detrás de las computadoras, muchas sillas llenas de gente expectante y hacía un calor tan sofocante que yo sentía que no me llegaba el aire. Expliqué al control de la puerta, agente número once, que yo estaba rezagada del día anterior y le mostré mi brazalete. Con diligencia me dejó pasar.

Fui atendida por una chica cuyos ánimos estaban posados en un hombre dominicano, de barba, que hablaba como si cantara y la tenía totalmente hechizada, que yo no fuera él, la hizo ser hostil conmigo, me preguntó muchas cosas capciosas a ver si yo me equivocaba por los nervios o por si mi historia era falsa. Finalmente y gracias al sol, el Bien Mayor y los ángeles que me acompañan, la chica me dejó ir, habiendo aprobado mi solicitud, para pasar a la próxima estación, la de filiación.

Un paso a la vez, esperé que me llamaran para tomarme las huellas y la persona que me atendió, otra chica, fue bastante más amable y me hizo preguntas de mi profesión y mi vida laboral, cuando terminé allí, debía esperar que el recibo para ir al banco estuviera listo. Con eso en la mano tenía mi residencia aprobada, pero faltaban más trámites. Sólo que ya estaba empezando a celebrar. Pagué, volví para entregar el comprobante y esperé que me llamaran para la firma del acta de residencia y que me tomaran la foto.

Una hora y media de espera entre intermitentes lluvias, un sol cegador, un calor sofocante, un verde interno del jardín y mucha gente, muchos extranjeros rezando, mucha gente pidiendo que su estatus cambiara, que a partir de ahora todo sería diferente y mejor. Finalmente con el acta en la mano, me tocó mi turno para la foto y diez minutos después tenía en mis manos la residencia. Avisé a mi mamá y a mis amigos en la ciudad, mientras lloraba, yo era una mezcla de emociones, era un cóctel de nervios, cansancio, excitación, exaltación.

El encuentro con el sol en plena calle me hizo daño en los ojos, el brillo es más intenso ahí, es más claro, más amarillo. Llegué a una esquina donde no había estado antes, salí por la parte de atrás de la escuela y al fondo de esa calle, volví a ver el mar, me dejé hipnotizar por él. Por el olor, el color, me quedé viéndolo ahí en la distancia, como haciendo una cita para otra oportunidad, el turquesa de esa orilla era muy claro, muy nítido, muy hermoso.

Volví a la notaria, a legalizar mi residencia para solicitar el permiso de trabajo. Fue rápido, el notario y su secretaria fueron muy amables, me abrazaron, me desearon suerte. Los recordaré siempre.

Pasé por la entrada a hablar con los funcionarios del Ministerio del Trabajo, me dieron un número y me pidieron que esperara ser llamada. Una chica con el mismo problema que yo, que estaba desde el día anterior, esperaba el turno, nos quedamos hablando y comiendo de lo que habíamos llevado. Me conseguí con mis angelitos del bus, me contaron que llegaron a hacer cola a las tres de la madrugada para no pasar por la misma historia de muchos que tuvimos que pernoctar para terminar los trámites.

Era ya la una de la tarde del día siguiente, el agotamiento unido al calor y al ruido del mar me generaban un sueño que casi no podía controlar. Me llamaron del Ministerio y la historia fue bastante parecida, pasa, siéntate, espera que te llamen, hay un pupitre vacío, siéntate ahí, sigue esperando. Entré en el salón, me tomaron las huellas, firmé el acta y una vez que estuvo lista debía volver al banco, pagar el importe del permiso de trabajo y sentarme de nuevo, en algún pupitre, a esperar que me llamaran para tomarme la foto.

Faltando quince minutos para las tres de la tarde me entregaron, en físico, el nexa que me une con Panamá, laboralmente, por los próximos dos años. No podía creer que finalmente tuviera en mis manos, treinta y un horas después, mi permiso de trabajo, mi carnet, la razón por la cual había hecho un viaje tan largo, que me había llevado a tierras maravillosas, a aguas cristalinas, a vivir historias de ángeles, barcos hundidos y mucho aprendizaje.

Al salir, mis pies se fundían en el asfalto, el calor me derretía, me mimetizaba con Bocas del Toro. Nadya, la chica en la cola del Ministerio del Trabajo, estaba afuera esperándome, porque habíamos quedado en regresar juntas a la ciudad después de esta aventura migratoria. Se nos unió otro señor de Colombia al combo de retorno, y así comenzamos una travesía muy larga, desesperante y entretenida hacia la Ciudad de Panamá.

Nos fuimos al terminal de lanchas, algún juego de fútbol importante robaba la atención de todas las personas que esperaban, compramos los billetes y unos quince minutos luego de eso abordábamos la embarcación, media hora después llegábamos al terminal

de autobuses. No había asientos en el único autobús directo a la ciudad, tomamos entonces uno que nos llevara a un lugar llamado David y de ahí a Panamá.

Fueron cuatro aterradoras horas en un bus interurbano, con música a todo volumen, un camino curvo, vegetación espesa, en subida, una neblina densa casi compacta, hacía frío, las ventanas cerraban a medias, más curvas, más neblina, más susto. El punto cumbre de mi miedo, fue justo cuando más me maravillé con el paisaje, una recta entre dos abismos, estábamos en la punta de la montaña, y el bus se tambaleaba, el viento pasaba por la puerta y las ventanas y la tarde caía, los colores en el horizonte eran simplemente fantásticos, una mezcla de un amarillo oscurecido, un morado que se colaba entre el amarillo y un azul claro que iba subiendo el tono haciendo contraste con un espectáculo de picos de montañas que repetían hasta el infinito, respiré hondo y frío hasta que la pared de la siguiente montaña nos cubrió y el susto pasó. En algún momento de la travesía paramos en un restaurante de carretera, atendido por chinos con música colombiana a un volumen bastante alto. Los efectos de la globalización son incalculables.

Llegamos a David, buscamos donde debíamos comprar los boletos para Panamá y mientras esperábamos el bus cargamos los teléfonos, tomamos algo, abordamos y caímos rendidos por las próximas ocho horas. No vi nada del camino, recuerdo haber abierto los ojos en alguna oportunidad y ver luces y carretera, pero no supe de mí hasta las cuatro de la madrugada siguiente cuando llegamos.

Al bajarnos del bus supe a que huele la gente que no se baña, necesitaba con urgencia darme una ducha larga llena de jabón y de olores sabrosos. Tomamos un taxi comunitario que nos dejó a cada quien en sus casas y finalmente cuando abrí la puerta del apartamento, solté la mochila y lloré. Estaba orgullosa del viaje, de lo que había aprendido, de la gente que había conocido. De mi resistencia, de mis ganas de luchar, de darle forma a la necesidad de que la realidad cambiara. Venía de vivir momentos muy duros, en soledad, rodeada de gente fantástica, pero en soledad.

Me di un baño largo, apacible, sin prisas, tendría el resto del día para dormir. Una vez fuera, me acosté y me costó tanto dormirme que casi veo el amanecer, tenía las piernas entumecidas por la cantidad de horas sentada y demasiadas emociones apiñadas en mi cabeza. Ahora, escribiendo esta historia en frío, dos semanas después, estoy buscando empleo con la tranquilidad de tener mis permisos vigentes y a la espera de que llegue una extraordinaria oportunidad.

Ser inmigrante no es fácil, separarse de la raíz no es sencillo, desprenderse de lo querido es muy duro, pero estoy convencida que todo este esfuerzo, esta aventura, todo lo aprendido ha valido la pena y el futuro viene sólido y menos convulsionado. He vivido la historia de cómo se obtiene una visa para un sueño.

"Convenga que te alejes quizás me domina la tentación de imaginar, que estoy tan cerca de ti" Procura.
Chichí Peralta

Más allá de las murallas... Valença Do Minho

El mercado, las murallas, la gente, el vino, las calles empedradas, las casas medievales y es posible que se me estén olvidando detalles, pero todo lo que vi al llegar a Valença me encantó. Ese mínimo espacio, que en algún momento de su historia fue creado para no dejar pasar a nadie, ahora es ese lugar adorable lleno de color y simpatía, de olor a historia, de emoción.

Otoño es la estación para viajar, no hace frío ni calor, el cielo aún no se nubla, las hojas se caen, los colores son muy vivos, es marrón y naranja en degradés, son los árboles negándose a dejar de tener hojas verdes y así llegué a la Fortaleza de Valença do Minho, que me esperaba con un festín en el mercadillo de la plaza principal en el que todos los comerciantes de la región estaban vendiendo sus productos.

El camino desde Vigo se hizo corto, hermoso, verde, aún verde, otra frontera sin pasaportes ni correrías, era miércoles y esas murallas que evocan un pasado sin romanticismos, tan cruel como cierto en este presente sólo llama a reunión de los habitantes de la región para intercambiar mercancías y vender sus cosechas. Las murallas están cubiertas de enredaderas y plantas con flores, y la ciudad, a pesar de los siglos, se conserva con sus casas medievales y sus callejones de piedra.

Compré zanahorias, fresas, papas y hasta platos para comer cereal. Fue una experiencia deliciosa de cambalache de comida, plantas, alambiques, zapatos, lencería, ropa, artículos para el hogar, carne, pollos vivos o listos para cocinar, el fantástico bacalao salado, y como siempre lo mejor del lugar es la gente irradiando genialidad y poniendo en práctica técnicas de venta, hablando español, gallego y portugués dependiendo del cliente.

Me escapé un ratito del ruido y el tumulto del mercado para ver el paisaje por fuera de las murallas y espectáculo visual es tan impactante como increíble, las montañas se funden con el cielo en el mismo momento en que las fauces del Río Minho aparecen para reclamar su espacio y la atención debida, de ahí se ve el camino que llega a Porto y se ve cuan alta está Valença, ubicada estratégicamente para combatir a los invasores que venían navegando por el río, se ve el camino que viene de Galicia, se ve el infinito.

Me fascinó conocer ese lugar, caminar por sus calles, ver tanta gente reunida en el medio de la plaza, es una de esas experiencias renovadoras, se siente una energía bonita acompañada por esa entrada del otoño que trae consigo tantos colores lindos, tanta paz.

A todos aquellos que hagan esa ruta les recomiendo que pasen por la Fortaleza, que tomen el vino del lugar, que coman mariscos y bacalao, que se enamoren de esas paredes llenas de verde, que caminen por los alrededores y disfruten de ese paisaje que canta, que ilumina, que lleva a soñar, que se asomen al Río Minho y se dejen encantar con el ruido de sus aguas, que disfruten la plenitud de esa bendición llamada Valença do Minho.

“Nuestras maletas maltrechas estaban apiladas en la acera nuevamente; teníamos mucho por recorrer. Pero no importaba, el camino es la vida”. Jack Kerouac

Cruzando fronteras

Las rueditas de la maleta chocaban contra las piedras de la calle y me angustiaba que eso despertara a la gente, eran las cinco de la mañana y el metro estaba abriendo en ese momento. Debía tomar el subterráneo, llegar a la estación, tomar el tren a París y volar diez horas. Necesitaba dormir. Aun así me fije que el cielo estaba estrellado y despejado, me quedé con las ganas de disfrutar Bruselas un ratico más.

Lo poco que caminé, lo poco que vi, lo mucho que comí, todo me pareció envolvente, de esas fascinaciones bizarras de un lugar que viéndolo de noche, se ve genial.

En efecto, llegué a Bruselas después de muchas horas de vuelo y policías en los aeropuertos, al atardecer de un jueves que para mi sorpresa me recibió con unos fantásticos y amables veinte grados a finales de septiembre, una calle empedrada llena de arboles y restaurantes con luces, una brisa divina casi rayando en el frío ese olor particular de las ciudades de Europa entre añejo y cautivador, un cielo mágico, una cerveza añorada y esperada, una impersonal habitación de hotel y solo 5 horas para dormir porque debía partir al día siguiente.

Sin haber amanecido, después de poco dormir, caminé como autómatas por las calles apagadas de Bruselas haciendo mucho ruido con mi maleta hasta llegar al metro, ahí agradecí el silencio y espero que no me hayan odiado por eso, pido disculpas a todos los que pudieron estar afectados por el repiqueteo de las ruedas sobre las piedras. Entré al metro, tomé el vagón, llegué a la estación, me dieron el billete del tren y comenzó el viaje a París con un cruce de frontera que pasó inadvertido para muchos porque no hubo el tan odiado y temido control de pasaportes, ni ninguna revisión, ni cambio abrupto de gente o de paisaje, fue tan pacífico y la perspectiva visual se mantuvo hermosa durante todo el trayecto.

El paisaje era muy simpático, las casitas hechas de adoquines y sus chimeneas humeantes, todo un vistazo a cualquier historia de las campiñas de Alejandro Dumas, el pasto era verde armonía y contrastaba perfecto con los colores del amanecer, la vida se estaba despertando ese día mientras iba pasando por ahí y me perdí en esa tranquilidad, me dejé conquistar por ese cielo en calma, por ese verde en movimiento, por esas casas cálidas llenas de sencillez, soñé despierta. La frontera pasó en un cruce

de rieles y media hora después estaba en París despertando de ese sueño lleno de calma, brisa del campo y verdes praderas.

La voz del parlante del tren me avisó que estábamos ya en Charles de Gaulle, mi tercera vez en París, solo que esta vez no me movería del aeropuerto además nunca me ha gustado mucho París. Siempre digo que le daré otra oportunidad a ver si me enamora de una vez por todas, pero no se ha concretado, alguna vez será.

Ese aeropuerto, esa masa caótica de gente, mil controles de seguridad donde para variar me quitaron la crema del cabello, nunca tengo suerte, seguí a mi puerta de embarque, conecté el móvil que iba descargado y esperé pacientemente a que me tocara montarme en el avión. De ahí diez horas más de vuelta a América pensando en las fronteras geográficas y en las murallas que nos construimos nosotros mismos, con la promesa de volver a Bruselas a disfrutarla de verdad y convencida de que todo es posible.

Mola, más que un souvenir

Vino de visita a Panamá mi sobrina Daniela y quería llevarse consigo algo genuino. Buscaba un recuerdo que representara a Panamá, que tuviera historia; que fuera auténtico. Nos fuimos a caminar la ciudad alejadas de los centros comerciales y de cualquier explosión post modernista para adentrarnos en el viaje de la búsqueda por una pieza única que hablara de la identidad panameña. Identidad panameña, pensé.

Llegamos a una zona de tiendas artesanales que colinda con Panamá Viejo. Un centro histórico que preserva las ruinas de la fundación original de la Ciudad de Panamá, desde allí, se aprecian restos de puentes, iglesias y la antigua torre de la Catedral, estaba claro que ya estábamos en la atmósfera adecuada, en un pasado.

Entramos a una tienda y nos atendió una amable señora. Sin explicarle mucho comenzó con su exposición de elementos típicos panameños: sombreros volteados, tembleques, polleras, bolsos, aretes y al final, como el postre de la comida, llegó a una montaña de telas apiladas con fondo negro. “Se llaman molas”, nos dijo. Daniela y yo nos miramos y vi cómo se le iluminaron los ojos, se enamoró al instante de aquellos colores, y yo también.

La gama era enorme y no había una igual a otra. Como llevábamos cara, actitud y pasaporte de extranjeras, la señora comenzó a contarnos más sobre estos pedazos de tela que en realidad, son prendas históricas. Las molas o también conocido como el arte mola, nació antes de la llegada de los españoles a América, cuando las mujeres Guna se pintaban el cuerpo con formas y colores para representar a la naturaleza. Después de la Conquista, el cuerpo dejó de ser el lienzo para pasar a la tela con una técnica llamada aplique en reversa, en la que, pintando con las acuarelas naturales del entorno, tejen su creatividad.

Se trata de una superposición de telas de diversos colores cosidas entre sí que evocan en sus diseños las grandezas de lo natural. La mola, que significa blusa, es una pieza femenina por excelencia que se teje a mano en algodón. Su origen viene de la cultura Guna asentada en el caribe panameño y colombiano, en la que cada mujer comienza a confeccionar sus piezas desde muy temprana edad. Según la historia oral Guna, la mola

proviene del “Galu Metesorgit” un sitio invisible en la dimensión de la madre tierra, allí, cuentan los Guna viven seres de algodón.

Cuenta una leyenda que el arte lo heredaron de la diosa Kabayaí quien les enseñó desde tiempos inmemoriales a tejer sus vestidos con formas únicas, plasmando en ellos lo que perciben de la naturaleza, y transmiten su sentir en unas elaboradas formas que visten con orgullo. Cuenta otra leyenda Guna que una nele, gran vidente, Naguegiryai, fue elegida para visitar el recinto sagrado de Kalu Dugbis, donde quedó extasiada con la belleza de las telas que decoraban las paredes, esos dibujos quedaron en su memoria y los reprodujo como prendas de vestir para la mujer.

Leyenda o no, los colores de las molas atraen. La diversidad de las formas y los diseños inspirados en la naturaleza, son homenajes al sol, la luna, las estrellas y el arcoíris por ser el lenguaje mudo que emite destellos y brillantez, que realzan el valor de la mujer Guna. La mola representa la libertad, la de la inmensidad del firmamento, la de la esencia de la mujer, la de la autonomía que todo Guna debe tener. En las molas todo se expresa por caminos que parecen laberintos, porque los Guna manifiestan que los habitantes del planeta y la vegetación se encuentran siempre a través de caminos complejos.

Uno de los elementos más interesantes que se descubren en las molas, es la dualidad. La cultura Guna cree fervientemente que todos los seres vivos que habitamos el planeta tenemos nuestra *purba*, que no es más que una doble esencia del alma. Por eso es muy común apreciar en sus diseños el efecto espejo, la doble cara de realidad, las dos versiones que un solo ser humano puede tener del entorno.

Las molas son un patrimonio Guna que representa a Panamá en cualquier camino, y es accesible a todo aquel que la quiera comprar, es un elemento de identidad cultural que deja plasmado un testimonio de esta cultura. Al inicio de los tiempos cada prenda era diseñada por la mujer que la iba a usar, y en ella modelaba su visión de la vida, su percepción del entorno, su entendimiento de la naturaleza y forjaba a través de los laberintos el camino a su fe.

Es una marca panameña por excelencia, una parte importante de la identidad. Estaba claro que habíamos encontrado lo que buscábamos. Teníamos en nuestras manos un elemento artesano de poder femenino, único e irrepetible, un símbolo de

representación étnica y que, al salir de la tienda, Daniela y yo sólo pensamos, ojalá que estos siga pasando de generación en generación.

“¿Por qué no cambiar un poco nuestras vidas? ¿Por qué no hacer algo distinto? Algo distinto. Rawayana

Pescando historias en Margarita

En *laisla* como la llaman con todo cariño los pescadores y en consecuencia todos los que amamos ese entrañable lugar, hay mar por todos los costados, hay olor a coco por doquier. Es una secuencia interminable de sensaciones deliciosas entre amaneceres, atardeceres, ostras, playa, pescado frito en la orilla de la playa, olor a mandarina, empanadas de cazón o de chucho y jugo de parchita (los brasileiros la llaman maracuyá con una sensualidad indescriptible)

Entre conocer, caminar e ir a la playa, Margarita se convirtió desde el primer día en ese lugar mágico que siempre estará conmigo donde sea que me encuentre. El azul turquesa del mar, el calor, la brisa marina, los paisajes áridos del oeste, el mar abierto de La Restinga, los manglares, las palmeras, el valle de la Virgen y la gente. Hay tanto que hacer y todo es tan natural que es imposible aburrirse estando allí.

Hay ciertas cosas a tener en cuenta; las mejores empanadas están en Playa el Agua, las hay de queso, carne, pollo, chucho, pabellón margariteño, los mejores desayunos se toman en Conejeros entre arepitas de queso o carne mechada hasta platos de pabellón, mientras que las ostras mas deliciosas están en la Isla de Coche, un poquito de limón y el sabor es glorioso. Las playas mas concurridas son extraordinarias pero las de Macanao son un paraíso inexplorado, área desértica con arena blanca y oleaje picado, justamente por eso no va casi nadie. Indiscutiblemente los atardeceres mas bellos son los de Juan Griego desde el "castillo", un viejo fuerte español con sus cañones anti piratas y las mejores conversas son las que se dan con los pescadores.

Con las referencias de los pescadores, viendo un atardecer en Pampatar a la orilla del mar, nos ofrecieron comer sardinas a la parrilla con fogata, ensalada y guitarra. No era fanática de las sardinas porque la única presentación que conocía era enlatada, por supuesto a partir de ese día mi percepción cambió y hoy, mucho tiempo después sigo haciéndoles publicidad.

Llegaron con las sardinas en los peñeros, las limpiaron, las prepararon solo con sal, prendieron la fogata mientras uno de ellos tocaba guitarra, tuvieron la lista la ensalada de palmito y aguacate y un poquito de sal porque "la vida es mejor cuando a la vida se

le echa sal" decía uno de ellos, ubicaron la rejilla sobre la fogata y a esperar. Al rato unos succulentos pescaditos eran parte de una las mejores cenas que he disfrutado.

Luego de comer comenzaron a contar sus historias del mar, "de la mar" como dicen ellos y como veo ahora que es la forma correcta de llamarla, de como pescaban, del miedo que causan las tormentas, de su fe a la Virgen del Valle, de la manera correcta de lanzar la red y de arrastrar la pesca. Cuanta humildad, humanidad, felicidad, orgullo por su trabajo y su tierra transmiten esos pescadores.

Los pescadores ese día se despidieron diciendo: La mar siempre recibe a quien la trate con amor, que la Virgen del Valle los acompañe.

Pidiendo deseos en Montmartre

A mi me dijeron que había que subir las escaleras hacia el *Sacré Coeur* pidiendo un deseo, y que al llegar al final había que voltearse, ver París y soltar el deseo al universo para que se cumpliera.

París no es ni de cerca una de mis ciudades favoritas, si fuera hombre diría que le faltan curvas, es bonita sí, hermosa es un calificativo mas adecuado, pero no tengo *feeling* con ella, no encuentro mi lugar caminando por esas calles, ni en las largas filas para ver la Mona Lisa, ni en las riveras del Sena. De repente, un milagro... Montmartre se hizo presente, en pleno invierno, a unos cuantos grados en negativo, los techos nevados, el olor a crêpes y chocolate caliente y detrás del Sagrado Corazón esa plaza de películas llena de pintores, lienzo y paleta, viajeros, curiosos y, al fondo difuminada entre nubes, la Torre Eiffel.

Al terminar de subir las escaleras pedí mi deseo, ese que se cumpliría si se formulaba según las instrucciones, mire la ciudad, agradecí estar ahí y seguí mi camino para la iglesia. Sin escatimar en palabras es espectacular, el color, los vitrales, los mosaicos del techo, la ubicación privilegiada, todo ahí estaba dispuesto con milimétrico cálculo y su único fin es maravillar.

Al salir de ahí, fui a dar la vuelta por el barrio, a comer las consabidas crêpes, caminar por las estrechas calles que aun conservan las piedras del siglo XII, a respirar un poco de la vida bohemia que dio albergue a Toulouse-Lautrec, Degas, Renoir e incluso a la música de Erik Satie. Al bajar nos encontramos con el popular Moulin Rouge y una enorme estela de turistas que querían ser protagonistas de esas fotos junto al conocido cabaret.

De Montmartre me traje el recuerdo de unas calles empedradas, unos techos nevados, esa imagen lejana y diluida de la Torre Eiffel, un carrusel detenido, un funicular en cremallera que evitó que subiéramos mas escaleras, un cielo azul gris que dejaba sentir el portento del invierno. Esos pintores en la plaza que dejaban admirar a París a través de sus oleos, representando a la ciudad en los colores de las diferentes estaciones, ese olor a chocolate en taza, esa experiencia de pedir un deseo con instrucciones.

Paseé también por Notre Dame, me imaginé en el Sena el París de Dumas y Los Tres Mosqueteros, me subí al metro y tome vino francés, para confirmar una vez mas que todo es exquisito pero no tengo identificación con la ciudad en general. Aun así, Montmartre me cautivó, me dejó caminar sobre su historia, me permitió ver la ciudad desde la perspectiva del arte de la calle, me dejó respirar el invierno a través de un deseo que seis meses después se cumplió.

"Open your eyes and see, like me, the sky is yours" I'm yours. Jason Mraz

El pulgar de David Hume

Dicen que tocarle el dedo del pie a la estatua de David Hume te hace volver a Edimburgo. Eso recordé cuando por segunda vez toqué el dedo del filósofo doce años después. Me reencontraba con la "Ciudad del fin del mundo" con "La Atenas del Norte", con una hermosa metrópolis que ya una vez me recibió con los brazos abiertos y se dejó adorar nuevamente.

Escocia es un paraíso en la tierra, es un lugar lleno de misticismo, de gente hermosa, de naturaleza viva, de tradiciones arraigadas, pero tiene un clima muy poco amigable que afortunadamente no tiene nada que ver con su gente. Sin embargo, Edimburgo decidió en las dos oportunidades que me ha recibido, lucir un flamante cielo azul lleno de nubes pasajeras y un sol radiante de sonreía al pasear por sus calles empedradas.

Entre caminatas por *Princess Street* y los gaiteros de calle que hay en las esquinas de la Galería de Arte, me fusioné en ese ir y venir de buses y gente disfrutando del día, acostados en las bancas del parque leyendo o echados en el césped tomando sol, aproveché de entrar al Castillo, de ir a la fabrica de *Kilts* y de conocer un montón de iglesias que han sido convertidas en galerías, cafeterías, museos y discos.

Fue ahí bajando por *High Street* cuando me tope de vuelta con el Señor Hume y tome el pulgar de su pie derecho para tentar la suerte y regresar a esa preciosa ciudad en cualquier momento, y me enteré que sobre ese ritual hay mil leyendas urbanas, los estudiantes van a tocar el dedo del filosofo para pasar sus exámenes, los viajeros para volver, las solteras a pedir un esposo, los desempleados a pedir trabajo. ¡Pobre David Hume! Se ha convertido en la esperanza y salvación de nacionales y extranjeros.

Bajando un poco mas adelante al final de *High Street* me encontré con la esquina del "Fin del Mundo". Cuenta la leyenda que las murallas que separaban a Edimburgo del resto del mundo estaban establecidas en esa esquina y todo el que intentaba cruzarlas moría tratando. Ahora ahí hay un restaurante que se llama "*The World's End*" que solía

ser una caballeriza del siglo XIII y ahora un pub en donde lo mejor es tomarse una buena pinta.

Esta vez lo disfruté más, vi más, conocí más, me interesé por la gente, por lo que quiere, por lo que come, por lo que ofrece. Me encanto caminar sobre mis pasos en el *Royal Mile*, esas calles empedradas, por esas escaleras que bajan desde el castillo y el cielo que no dejaba de enamorarme de tan azul. La gente, y suspiro mil veces, la gente es espectacular, les encanta hablar, contar historias, indicar donde se puede ir a comer. Les emociona ofrecer su ciudad, les fascina que les pregunten temas históricos y si no lo saben, lo inventan.

Después de aquí, concluí que a las ciudades hay que visitarlas varias veces, para cubrir lo que ha faltado en las oportunidades anteriores, en Edimburgo hay que caminar por la playa de Portobello, hay que ir a la Universidad, caminar el Centro, los jardines de *Princess Street*, hay que dejarse enamorar por el ritmo de la ciudad, por las tienditas que venden souvenirs, por la nota literaria que siempre esta presente al andar. Hay que respirarla, saborearla y llevársela en el equipaje para admirarla cada vez que se necesite.

"Won't you help to sing, these songs of freedom? 'Cause all I ever have: Redemption songs" Redemption songs.
Bob Marley

Canciones de libertad

Dicen que lo bueno se hace esperar, que la luz esta final del camino y todas estas cosas se fueron haciendo verdad el día que tomamos carretera a PuiPui, un viaje casi eterno, interminable porque después de seis horas andando todavía no llegábamos, ya nos estábamos desesperando cuando empezamos a atravesar la montaña.

Unas poquísimas casas muy humildes, perros con caras de cerdo o cerdos con caras de perro, todavía no sé que eran, ese último trayecto de tierra y los mejores amigos de la historia montados en una camioneta fiel que nos había llevado a todos los confines del país. Al finalizar el caminito de tierra y pasar el caserío la montaña se abrió en dos y un espectáculo de arena arcillosa, sol radiante y bahía con palmeras se desplegó antes nuestra cansada pero maravillada vista.

Juro que en mi vida había visto algo así y soy una enamorada fanática de las playas, las costas y del olor del mar, pero esto era más que una película bien hecha, una maravilla de las no descritas por Antípatro, una arena compacta y rojiza, unas olas movidas perfectas para quien practica surf, una vegetación espesa heredada de la montaña, un puesto donde vendían cocos fríos, unos troncos apostados en la orilla del mar consecuencia de la temporada de lluvias y lo mejor... aislados del mundo porque no había señal de telefonía móvil.

Al llegar y bajar las cosas de la camioneta, los chicos armaron la carpa y enseguida vimos caer la luz del día con un atardecer colorido lleno de matices que sólo le hizo alfombra a una noche de luna llena que muy egoístamente no dejó que se vieran las estrellas ante tanto fulgor. Había una hilera de carpas por toda la línea de la costa y los olores de las diferentes comidas despertaron el apetito, comimos y caímos rendidos ante la luna, el cansancio y la entonación de una guitarra que a la orilla del mar evocaba las Canciones de Libertad de Bob Marley.

Al amanecer, despertados por las guacharacas locales no hicieron falta gallos, nos levantamos, nos lavamos y nos quedamos ahí agradeciendo el momento del milagro de vida que estábamos presenciando. Luego, un día de playa, cocos, sándwiches en la arena, juegos de raquetas, el surf de Ronny, el reggae de Igor, el sol de Jorge, el mar de Johana. Así transcurrió el día hasta que al final de la tarde debíamos empacar para volver a otras realidades y un montón de horas de camino.

Volvimos a pasar por la montaña, por el caserío y los perros con cara de cerdo o viceversa, paramos a comer empanadas en un pueblito hermoso llamado Río Caribe que nos resultó especial, la gente fue tan amable, tan dulce que quisimos quedarnos ahí en vez de seguir las seis horas de camino que teníamos en el futuro inmediato. Pasajeros comidos y contentos, continuamos la ruta hasta Puerto la Cruz guiados por la playa a la derecha del camino y la luna reflejándose en el agua, cantando, añorando una ducha de agua corriente que nos quitara el salitre y recordando PuiPui como uno de los viajes emblemáticos de un grupo de amigos que permaneceremos amigos siempre.

"The star maker says, it ain't so bad, the dream maker's going make you mad, the spaceman says, everybody look down, It's all in your mind" Spaceman. The Killers

Platillos voladores - Parte del III Concurso de Historias de Trabajo del Club de escritura Fuentetaja

Trabajar para una línea aérea en un aeropuerto conlleva mucho esfuerzo, dedicación, laborar cuando el resto del mundo está de vacaciones, madrugar o trasnochar, quedarse más tiempo si un vuelo se demora, manejar largas listas de espera, tratar a pasajeros muy amables o muy pedantes, afrontar las temporadas altas con valentía y poner la mejor cara a pesar del cansancio o de los gritos de los usuarios.

Una tarde de julio, en plena temporada alta, la lista de sobreventa era muy larga y había muchos niños sentados lejos de sus padres, nos tocó a varios de los empleados entrar al avión a reacomodar a los pasajeros con este tipo de eventualidades, nos ganamos una serie de improperios por solicitar cambios de asientos, otros estaban más dispuestos a colaborar, el avión estaba completamente lleno y particularmente me estaba empezando a desesperar, me sentía muy frustrada de no poder ayudar a todos los que estaban teniendo problemas con sus sillas.

Éramos cinco empleados de tierra metidos en el avión haciendo todos los arreglos, nos llamaron por radio para avisarnos que ya estábamos llegando a la hora del cierre de puerta cuando una señora levantó la mano, uno de mis compañeros se acercó hasta su asiento y le preguntó si ella también tenía problemas con su asignación, la pasajera, con un sentido muy agudo de lo urgente, le indicó que sí tenía inconvenientes porque eran seis miembros de una familia, todos adultos, sentados juntos, tres en esa fila y tres en la fila de atrás pero todos querían ir sentados en ventana.

Lo confieso, mi cara de indignación fue evidente pero mi compañero se repuso más rápido que yo a la insolencia de la dama en cuestión, tanto que enseguida le contestó: "no se preocupe señora, en lo que comencemos a volar platillos voladores, la contactamos."

Nos llamaron por radio para abandonar el avión inmediatamente, salimos corriendo y dejamos a la señora sentada en su silla con cara de confusión. Estoy segura de que cuando finalmente entendió lo que mi colega le dijo, se molestó. Yo, me río mucho cada vez que me acuerdo.

“Por estas calles la compasión ya no aparece y la piedad hace rato que se fue de viaje” Por estas calles. Yordano

Por esas calles – Parte del III Concurso Historias de la calle del Club de escritura Fuentetaja.

I

Un día, estando en la estación de ferris de Hull, en Inglaterra, tenía unas poquitas monedas y pasé por una máquina de bebidas a comprarme un té caliente, el clima estaba helado y la espera para tomar el barco era larga. Pasó un señor, una persona sin hogar, con evidentes señas de que tenía más frío que yo y me pidió el té que acaba de sacar de la máquina, vi tal carga de dolor y pena en su mirada, que lamenté no tener dinero o comida para darle algo más que el té.

II

No soy muy proclive a recibir piropos porque una tarde, caminando por Caracas en sandalias, me topé con un señor, que por su indumentaria era mecánico de carros y al pasarme por al lado me dijo (con voz de lujuria): “shhhh mamiii” y fue tal mi cara de asco y hasta desprecio, que el bien ponderado señor me escupió y esa asquerosa y pegajosa sustancia me cayó en el pie.

III

Estaba recorriendo Barcelona, entré en Santa María de la Mar y había tanta gente que con la misma decidí salirme de la basílica, caminando poco a poco hacia la puerta siento una mano en el bolsillo de mi chaqueta y no es mía. Volteo entre el miedo y la curiosidad y era una señora ofreciéndome una “ramita de romero”. Saqué su mano de mi bolsillo, le dije que ahí no tenía nada que buscar y apreté el paso para salir rápido, la escuché decir unos cuantos improperios, porque en su lógica yo me tenía que dejar robar.

IV

Otro día en La Popa, en Cartagena, en plena procesión de la Virgen de La Candelaria tuve un encuentro de palabras con una señora que le estaba enseñando a su hijo a mear en la calle porque “el baño estaba muy lejos”, no tenía intención de imprimirle

carácter moral a mi protesta, más que evitar que oliera mal en el lugar, pero su absurda respuesta me fastidió tanto que le dije que estaba criando y creando a un monstruo, espero haber estado equivocada.

V

Andaba por los predios de la Comunidad Valenciana, comprando unos recuerdos para llevar de vuelta casa, estaba muy resfriada y casi no podía hablar, en un improvisado lenguaje de señas y una media voz el señor de la tienda y yo nos entendimos perfectamente, al pagar buscó en las gavetas del mostrador hasta que consiguió unos caramelos y me dijo: “tómalos tres veces al día después de cada comida, eso te va a aliviar el malestar en la garganta”. Le pregunté cuanto costaban, me dice que van por la casa, estaba muy conmovida y se me aguaron los ojos, me contestó que eso era suficiente pago.

VI

Una mañana de diciembre, siendo yo una persona poco navideña, voy con sueño en un Metrobús en Ciudad de Panamá que tardó más de veinte minutos en partir de una de sus paradas y cuando me levanté a preguntar que nos detenía tanto rato en ese lugar el conductor me contesta: “si no le gusta la espera, vaya en taxi”. Me pareció que él era menos navideño que yo y cuando voy de regreso a mi asiento, con evidente mal humor me replica: “además, ¿y si salimos antes y el autobús explota?”, me volteé molesta y le dije: “si explota, nos morimos los dos”.

VII

En el estadio de béisbol de Caracas, en el medio de la emoción del juego, vi a un chico comprar unos tequeños (deditos de queso) al vendedor de las gradas, invitó al señor a sentarse a su lado y se degustaron entre los dos los deliciosos aperitivos. El chico tenía un pase abonado e iba a todos los partidos que podía, el señor era vendedor habitual de ese lado de las gradas y ahí se hicieron amigos, críticos deportivos y comedores de tequeños.

Las calles, en efecto, son más que un cúmulo de carros, *smog*, ruido y gente caminando a diferentes lugares a la vez. Son el escenario de millones de experiencias diversas, se puede encontrar la fortuna, la desgracia, el amor, la bondad o la maldad en el mismo porcentaje. Compartir espacio en un bus, en el metro, en un taxi, en un ascensor, en un restaurant con diferentes personas, nos brinda la oportunidad de ser buenos, malos, antipáticos, amables o neutrales con los demás y vamos escribiendo nuestra propia historia. En lo particular, adicional a compartir mi comida con gente que tiene menos que yo, llenarme de paciencia con la gente que camina muy lento, sonreír porque es más sencillo hacer fluir las cosas con una sonrisa, evitar la política y la “politización” de mi pensamiento, prometí aceptar los piropos con amabilidad así no me gusten, es mucho más higiénico.

La diáspora - Parte del II Concurso de Historias de Viaje del Club de escritura Fuentetaja

He caminado muchas veces por esas calles de Caracas, crecí en ese lugar y me sé de memoria rincones, rutas de bus, de metro, las temporadas de los araguaneyes – el árbol nacional – las aceras imperfectas, el ruido, el clima; me fui muchas veces, unas huyendo de una realidad que no me gustaba; otras concretando proyectos, la definitiva fue cuando el miedo me venció, el terror pudo más que yo.

Cuando tomé la decisión de migrar, dejé atrás mi casa, mi familia, mi gato y me quedé con las palabras de mi mamá diciéndome: “que no estés aquí me tranquiliza, no quiero que te pase nada”. En cuatro años he ido sólo dos veces y cuando intenté ir una tercera, mi mamá y mi tía Rebeca me pidieron que no lo hiciera.

Desde la diáspora, siendo parte de esta masiva migración venezolana, pienso en los que se quedan, en mi familia luchando por sobrevivir cada día, en las estómagos curtidos de quienes intentan comer al menos una vez al día, en los niños desamparados que son hijos de una guerra que ellos no entienden, en las personas que mueren de mengua o en manos del hampa, de tristeza por la huida de sus seres queridos o de hambre. La esperanza me lleva a pensar en que esto no durará para siempre pero hace malabares con mi ánimo, la lógica me pide que aprenda, hay que escoger mejores representantes en el gobierno. Es una montaña rusa de emociones, una injusticia detrás de otra, una angustia perpetua.

Al salir, luchar, adaptarme a culturas que debí adoptar como propias, me acerqué, en la distancia, a mi familia, los extrañé hasta enfermarme, me perdoné por haberme ido, adoré mi tierra más de lo que ya la quería y añoro el retorno desde el exilio, aunque no sé si para quedarme, porque ya estoy muy acostumbrada a ser ciudadana del mundo, pero caminar sobre mis pasos, visitar los espacios que me hicieron tan feliz, volver a subir montañas que me enseñaron tanto, bañarme en esas aguas tibias del Caribe,

comer pescado a la orilla de la playa con los pies enterrados en la arena y beber inagotables litros de jugo de guayaba, son cosas que deseo profundamente.

Como bien cantaba Mercedes Sosa: “...Uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida”

"De donde acaba el loco, a donde empieza el hada, en tu cabeza se comprime la belleza" Eugenio Salvador Dalí.
Mecano

Figueras, de camino al corazón de Dalí

Esa hermosa ciudad catalana, cuna del mayor representante del surrealismo español, dijo: ¡mucho gusto! Llena de flores y ausente de señalizaciones para llegar al Museo Dalí, el motivo de ese viaje. Entre preguntar y preguntar, aprovechando el gentío en las calles por ser día festivo, mi amiga Laura y yo, conseguimos llegar a la oficina de turismo y acompañadas de una excelente suerte estaba cerrada, vimos que al lado había un hostel familiar donde un señor muy amable nos regalo un mapa y nos explicó como llegar.

"¡Surreal no! Lo otro" escuché que alguien exclamaba al salir del museo. Sólo por fuera ya es una explosión viva que llama a encender las pupilas, las paredes son granate con diseños de flores o plantas pintadas en dorado dispuestas de tal forma que parece un tejido. Arriba en el techo unos óvalos dorados también haciendo perfecta formación custodiando unas estatuillas doradas como las del Oscar. Pero era sólo el comienzo. Al caminar hacia la entrada del museo, nos encontramos con más excentricidades hechas arte, no podía ser más que obra de un genio.

Al entrar, nos entregaron el plano del museo y seguimos los números de las salas para llevar la exposición en orden, cámara en mano no, móvil en mano porque la cámara se quedo sin batería, ese día juré no volver a quejarme de mi teléfono, se portó como todo un caballero. Recuerdo estatuas estilo romano con coronas, en el patio un Cadillac con las ventanas rotas, un barco a lo alto colgando de un mástil, la magnitud de las gotas de agua que chorrea el barco son impresionantes. Ahí en ese mismo lugar, se repiten las estatuillas doradas adornando correlativamente las paredes y hay fuentes con agua por todo el lugar.

Pasamos de sala y jugamos con las trampas visuales de los cuadros del pintor y con la luz de la cúpula de la cristal del techo; encontramos su historia, sus inicios, su separación de la iglesia católica, su unión de vuelta con la iglesia, su visión política, su

posición anti nazi, su percepción de las tradiciones, las etapas de crecimiento artístico, su necesidad constante de expresarse, de ser entendido como una masa de sentimientos arremolinados en ese arte, su etapa de hombre enamorado y de como concibió la vida después del amor a partir de una pintura en el techo de una habitación en la que junto a Gala alcanzan el cielo y tocan las estrellas. Su petición de ser enterrado junto a su obra fue cumplida y su lápida esta allí al alcance de todos los que deseen compartir un poco de esa maravilla.

Pasada la experiencia del museo entramos a ver las joyas de Dalí, ahí donde la sensibilidad se palpa al caminar, en una atmósfera oscura donde sólo se ven las joyas iluminadas, la delicadeza es tan sublime como explosiva, la particularidad de lo original tan diferente a lo evidente. Estaban alineados y listos para ser vistos el elefante de las patas delgadas, el reloj derretido, el cáliz de mariposas y el corazón que late, que queda como prueba absoluta de que Dalí está presente en cuerpo y corazón al lado de su legado, maravillándonos.

"Buenos Aires se ve tan susceptible, ese destino de furia es... Lo que en sus caras persiste" En la ciudad de la furia. Soda Stereo

Mi Buenos Aires querida

Se me estaban acabando las vacaciones, venía de vuelta de Bariloche cuando llegue a Buenos Aires en una noche de mucho calor. Descansé del largo viaje y en la mañana salí a dar una vuelta y a buscar un mapa, tenía sólo 24 horas para beber Buenos Aires y no quería que se me escapara nada. Mi cámara se había dañado en la Patagonia y sólo contaba con mi celular sin flash, la luz del día era importante.

Resulta que el hotel estaba a escasas dos cuadras del Obelisco de la Av. 9 de Julio y en el camino me topé con una foto enorme de Ernesto Sábato, con su mirada perdida entre dura y tierna y supe que el día sería genial... no me equivoqué.

Luego de muchas fotos en el Obelisco seguí camino por la Avenida de Mayo vía el Café Tortoni, punto de encuentro con mi amiga Susy, una Bogotana que conocí en Cartagena y en ese momento vivía en Argentina. Luego de un café delicioso y fotos con las figuras de Gardel y Evita seguimos camino a la Plaza de Mayo. No es posible explicar lo que se siente pasar por ahí, la vibra que encierra la Plaza es tan hermosa como triste y justo de fondo, como observadora silente, La Casa Rosada.

Puerto Madero es hermoso, es como una fortaleza muy segura de militares y policías con edificios y casas preciosas que colindan al oeste con La Casa Rosada y al Este con el Océano Atlántico.

Luego de caminar un rato, llegué a San Telmo a ver a Mafalda, heroína vitalicia de mi historia, me tomé las respectivas fotos y la abracé como si ella me pudiera devolver el gesto. Allí, paseando con Susy, fuimos a comer pizza en horno de leña y finalmente me tome una Quilmes de litro como debe ser. Ya pasado el mediodía, viajando en el colectivo llegué al Caminito, la llamada "República de la Boca" hogar del Boca Juniors.

Bailar tango en Buenos Aires por “veinte mangos ché y aprovechá y te tomás una foto conmigo mientras te declaro mi amor”, ha sido una de las experiencias más lindas y *sui generis* que he tenido, “pero mirá ché” nos dijo un local “que nos le dé muy tarde por acá que la cosa se pone ruda”, así que a las 5pm salimos del Barrio de La Boca con lindas fotos y gratos recuerdos.

Entre colectivos y caminata, llegamos a la Avenida Santa Fe, a disfrutar de una de los lugares más bellos a los que he asistido, La librería El Ateneo, otrora el teatro Grand Splendid. Más de cien mil títulos distribuidos en los diferentes pisos y balcones, y tomarse un café en lo que era el escenario teniendo vista de 180 grados de todo el lugar fue sencillamente maravilloso.

Así, con este recorrido me fui de vuelta a mi hotel a preparar equipaje porque a las 7am del día siguiente debía volver a casa, pero no me fui sin comer carne, antes de subir a la habitación pase por un “chiringuito que queda en la esquina” y compre un sándwich con carne y no es un mito, es una delicia que literalmente se deshace en la boca.

*“Cerquen la autopista y nadie más entre, que siga creciendo el cementerio del Este” Cementerio del Este.
La Vida Boheme*

Disertando sobre el miedo... Caracas

Leía recién una entrevista que le hicieron a Quino, a quien le agradezco profundamente haber creado a Mafalda, él contaba que la seguridad se ha vuelto problemática para todos los ciudadanos argentinos, que anda con miedo a salir de su pueblo, de su casa y en el caso más extremo hasta de sí mismo.

Ahora lo entiendo a cabalidad, estoy en Caracas, ciudad a la que amo por verde, por haberme dejado crecer en sus faldas, por dejarme respirar ese aire taciturno de ciudad entristecida, porque la siento mía con toda propiedad, pero también y, aquí me identifico con Quino, estoy asustada. Después de tanto tiempo fuera, quisiera que la sensación fuera de placer absoluto pero hasta ahora, humanamente siento susto. Estoy feliz de estar aquí, pero siento miedo.

Llegar de vuelta con la mudanza, fue en efecto otra aventura aeroportuaria en la que tuve que abrir mis maletas por exceso de equipaje delante de todos los pasajeros presentes, sacar siete kilos entre las dos piezas porque no admitían peso adicional por embargo, meterlo todo en bolsas y dejarlo en resguardo en unos casilleros en consigna en el aeropuerto de Barcelona.

Seis horas luego de despegar aterricé en Nueva York, de transito, paseando por el aeropuerto Kennedy en una de mis conexiones más tranquilas y pacíficas y cinco horas más tarde aterrizaba en el aeropuerto Simón Bolívar de Maiqueitía con 3 maletas, una mochila, un Máster en Periodismo y miles de sueños repartidos en horas y horas de viaje. El futuro no está escrito, ya veremos a dónde marca la pauta para seguirle la pista.

Mi mamá fue a buscarme y a todas carreras sin miramientos, literalmente, tiramos las maletas dentro del carro y arrancamos a toda velocidad. Esa zozobra de vivir apurado y encerrado en uno mismo por miedo a cualquier artimaña de la “inseguridad” me

molesta, me perturba, me hace protestar – no sé con qué objeto, pero igual protesto – me hace encerrarme.

Hoy salí, en medio de un día hermoso, inundado por un celeste tan profundo como sereno de ese cielo pleno, con unas nubes que adornaban la silueta imponente de mi Ávila amado, respiré nuevamente ese aire que tiene su olor particular, ese aroma a hogar y me propuse a mi misma creer en mí, en mi gentilicio, entender que hay miedo en el ambiente, pero que se debe actuar a pesar de eso. Cuestionando el por qué del miedo y qué he hecho para que la situación sea diferente, el miedo paraliza y no hay que dejarlo agarrar cuerpo.

Estaré en Caracas un corto período, en el que además de reencontrarme con la gente que quiero, pienso disfrutar de cada flor, cada verde montaña, cada amanecer lleno de luz del trópico, cada abrazo de mi hermano, de mis sobrinas, de mis papás. Como dice Quino: “¿Quién es este que soy que da vueltas y anda?”

“Tú llegaste a mi vida para enseñarme, tú supiste encenderme y luego apagarme, tú te hiciste indispensable para mí” Mientes. Camila

México

Igual que le pasó a La tía Daniela, de Ángeles Mestretta, me enamoré como todas las mujeres inteligentes lo hacen, como una idiota. Mi tontería me llevó a México, a encontrarme con un hombre al que pude ver en mi futuro como el papá de los niños que nunca planeé tener, como alguien con quien pudiera vivir siempre porque los temas de conversación eran inagotables, porque el sólo toque de manos era una explosión de emociones que llevaban a visitar galaxias enteras.

El primer encuentro con México entonces, estuvo lleno de episodios fantásticos. Conocí el Palacio de Bellas Artes y me sumergí en las pinturas de Diego Rivera, fui pincel, pintura, paleta, acuarela y óleo, comí en Los Azulejos y me perdí en esa historia fantástica, atravesé el Zócalo feliz porque al fin caminaba por ahí, todo de la mano de este chico, con el que creí que iba a comenzar una nueva etapa en mi vida, una totalmente desconocida, diferente y llena de viajes y aventuras.

El Ángel de la Independencia en la glorieta del Paseo de la Reforma es dorado, enigmático y hermoso, los taxis “bochos” me encantaron, me transportaron a casa de mi abuela cuando al mediodía se sienta a ver telenovelas, todo lo que vi en vivo y directo lo había visto en las comedias de mi abue y me sentí exultante, flotaba de felicidad, por la compañía y por el nuevo destino. Porque estaba conociendo una ciudad fascinante, mágica, con una energía fantástica de esas que transmiten la confluencia de muchas personas al mismo tiempo en el mismo espacio.

La sensación fabulosa del viaje todavía la mantengo, me encanta Ciudad de México, sus vendedores ambulantes, los tacos de la cochinita pibil, el pico de gallo y los aguacates, el grandioso Café Tacuba, su increíble café con leche y la rondalla en vivo, la energía de las pirámides, el Castillo de Chapultepec y la devoción a la Virgen de Guadalupe, la calidez de su gente y su don servicial. El picante no entra en la lista porque me hizo llorar, no hay entendimiento entre el picante y yo.

En el ínterin, el galán decidió que era mejor dejarlo hasta ahí porque había conocido a otra persona, que según sus propias palabras era “lo mejor que le había pasado”, así que un día sin decir mucho más se largó y sólo me quedó el recuerdo de un viaje fabuloso, una ciudad maravillosa y mucha confusión.

Los días subsiguientes fueron locos, tristes y vacíos, no supe nada de él hasta que dos meses después de haber conseguido a la mejor versión de mujer de su vida, me contactó de nuevo porque la *Barbie* lo había dejado, de idiota volví con él, esta vez hasta conocí a su familia, al perro, me enamoré de ellos porque son maravillosos y me sentí en mi hogar, confirmándome eso que había sentido al principio de que ese era el lugar donde debía estar. Pero no, otra muñeca apareció y quedé en un nuevo limbo, peor que antes porque esta vez se fue y no supe nada más de él en años.

Fueron momentos muy difíciles en los que me dediqué a viajar para olvidar, hice igual que La tía Daniela, guardé y encerré sentimientos para no lidiar con ellos en lugar de enfrentarlos. Me subí a muchos aviones, llegué a Dubái, Venice Beach, Bruselas, Panamá, volví a Ciudad de México por trabajo, subí el Roraima del lado de Venezuela y ese viaje en particular me cambió la vida, la perspectiva y decidí sacar todas esos sentimientos que había guardado, el miedo, la tristeza, la culpa, el rencor y enfrentarlos, liberarlos.

Pude ver a las personas sin miedo, pude seguir viajando y viendo los paisajes con otro enfoque, recordé que en una de tantas conversaciones, él me había dicho que no le encontraba sentido a viajar, los desplazamientos le resultaban absurdos, costosos y poco provechosos y empecé a ver que era imposible que yo pudiera estar con alguien que mirara los viajes de esa forma cuando para mí son una forma de vida, he trabajado en esto desde siempre, es mi norte, mi razón de ser. Abrí los ojos y entendí que esa fantasía que me había creado al inicio con el viaje y el encuentro eran sólo eso, fantasía.

Para terminar de cerrar el ciclo que duró mucho más tiempo del debido por esa mala jugada mía de guardar en lugar de enfrentar, volví al DF mexicano a un encuentro más, a terminar la historia donde empezó y para mi sorpresa, él quería abrir un capítulo

nuevo, con anillo en mano y rodilla en el suelo, me conmoví mucho pero fui muy determinante en mi respuesta, fue un no rotundo y aunque después tuve dudas, él mismo me las aclaró y confirmé que haber dicho que no era lo correcto y seguí con mi vida; la misma tía Daniela dijo: “los ausentes siempre se equivocan”.

Esa vez no entré en el Palacio de Bellas Artes, ni comí en Los Azulejos pero igualmente disfruté mucho la ciudad, me encanta, tiene demasiados rincones exquisitos, exuda cultura, es fascinante y envolvente, siempre le tendré mucho amor.

*“A veces me transporto por instantes y todo es como antes, o mejor que ayer
mucho mejor que ayer” ¿Dónde estarás? Gonzalo Horna*

Museo Interoceánico de Panamá

Al entrar recordé, cuando estaba en la universidad estudiando turismo, que en una clase de geografía nos dijeron que sin el Canal de Panamá, el mundo tal conocemos iría a una velocidad menor, porque el comercio mundial entre los océanos se seguiría haciendo a través del Estrecho de Magallanes.

El Museo Interoceánico está ubicado en el Casco Antiguo de la Ciudad de Panamá, desde la esquina donde se encuentra se puede apreciar la Plaza de la Independencia y la Catedral. Fue construido a mediados de la década de 1870 e inaugurado como el Grand Hotel, luego pasó a manos del Conde de Lesseps quien instaló allí las oficinas de la Compañía Universal del Canal Interoceánico y cuando Francia vendió a Estados Unidos los derechos de construcción del canal, también incluía el edificio con las oficinas. El tiempo fue pasando y edificio fue utilizado como ministerio, sede de correos hasta que en 1997 fue institucionalizado como el Museo Interoceánico de Panamá.

Es un edificio de tres pisos, de salones amplios y lujosos, escaleras y ventanas altas y hermosas, espacios ahora adecuados como salas de exhibición para contarnos cómo se realizó la construcción del canal, su paso a través de la historia, la importancia de la unión de los dos océanos, lo vital de su existencia para el comercio mundial. En la entrada se exhibe la punta de un faro, que iluminó los caminos de los navegantes en Colón, la entrada del canal en el Atlántico, en la época en la que Francia inició la construcción del canal, hasta este punto es permitido tomar fotos dentro del museo.

El museo recopila trazos espectaculares de la historia de la construcción del canal desde que Estados Unidos tomó la concesión, cuentan quiénes fueron los encargados de llevar a cabo la obra, que eran escogidos directamente por el presidente de Estados Unidos, la comida que entraba a la zona del canal era subsidiada para que los obreros tuvieran alimentos de buena calidad a buenos precios, los utensilios y tecnología utilizada a través de la historia, el impacto de la construcción del canal en el resto de los países del mundo cuando la historia de la unión de los océanos fue parte de la exposición de San Francisco en 1915, la constitución de la zona del canal y como la soberanía panameña se vio afectada por los habitantes de la zona, que al ser “territorio

norteamericano” se negaban a dejarlos circular libremente por ahí o a izar banderas panameñas en el lugar.

Entre muestras de picos y palas, telégrafos, utensilios de cocina, cepillos de dientes, chalecos salvavidas, lo que más impacta es la historia de cómo Panamá luchó para recuperar la soberanía de su principal activo, de los tratados, de la zona del canal y las leyes que imperaban en la que no era permitida la entrada de los panameños, se plasma la lucha por los derechos locales, cómo se solventaron los problemas por la vía del diálogo y cómo fue el traspaso de la administración y funcionamiento del canal a manos panameñas.

Está relatada una parte de la historia, en la que jóvenes del Instituto Nacional en la Ciudad de Panamá, salieron a la calles a protestar a inicios de 1964, a pelear por la soberanía de su país, a pedir con derecho que la bandera panameña fuera izada en la Zona del Canal. Ese día terminó en tragedia y hoy es un día memorial para la población, la bandera con la que marcharon los valientes jóvenes quedó hecha tiras de tela y en tiempos recientes fue enviada a España para su restauración. Esa bandera se exhibe con orgullo en el museo.

"Sara' un solo una fantasia, ma tu m'hai regalato un sogno" lo ci saró. Neri per caso

Selinunte - Parte del III Concurso de Historias de Viaje del Club de Escritura Fuentetaja

No fue Zeus quien desató su furia para completar la destrucción de Selinunte, tampoco ningún cataclismo. Fueron las guerras entre los Selinus y los cartaginenses aliados con los vecinos de Segesta antes de la Primera Guerra Púnica, ya después de los enfrentamientos sólo quedó debacle, llegamos los romanos, sacamos a todos los habitantes, los vendimos como esclavos y dejamos el lugar desierto.

La gente vivía en una colina donde estaban asentados los hogares, allí sembraban, araban la tierra, criaban ganado, vivían una vida pacífica, con el Mediterráneo de compañía iluminando sus días y, hasta allá llegamos, el que se oponía sencillamente moría, por mis manos pasó sangre, dolor, gritos desgarrados, separaciones, niños sin familia, casas destruidas, hasta que los encontré, eran dos hermanos escondidos, una chica y un chico, llenos de miedo, de angustias, cargados de tristeza, llenos de hollín, tierra, lágrimas desesperadas. Los ayudé a esconderse en un mejor lugar, no podía seguir aniquilando gente, no tenía fuerzas para escuchar más gritos y lidiar con más miedos.

Cuando todos los sobrevivientes fueron embarcados y enviados a península, me las arreglé para quedarme en Selinunte y buscar a ese par escondido en lo que ahora sólo eran ruinas. Allí estaban, temblando, llorando, pero vivos y necesitados de explicaciones y amor, de hogar. Los llevé al mar a que tomaran un baño, les di comida y comencé a elaborar un plan para sacarlos de ahí. Ya había visto como era la venta de esclavos, como eran enjaulados y vendidos al que pagara más y los tratara peor.

No era la primera vez que este pueblo pasaba por una invasión, ya Segesta había hecho de las suyas muchos años atrás, pero que a los que quedaron vivos los dejaron permanecer allí porque lo que les importaba era anular a Selinunte del mapa de comercio del Mediterráneo y lo habían logrado. Esta vez fue diferente, no quisieron que quedara nada ni nadie, todo lo que deseaban era aniquilar, quemar, destruir. A pesar de la tristeza, la mirada de estos hermanos era clara, inocente, no podía hacerles daño, no debía fallarles.

Me perdí en mis pensamientos mirando el horizonte, el día estaba hermoso y el sol se miraba en el espejo del mar, reflejando sus maravillas y proyectando una luz fascinante, a mi izquierda se levantaban los templos de Apolo y de Hera, con unas dimensiones impresionantes, eran magníficas edificaciones y aunque no entendiera nada de la dinámica de esta civilización, me sentía cautivado ante tanta grandeza, ante la exactitud de las piezas encajadas en cada templo para lograr esa maravilla arquitectónica.

Necesitaba salvar a esos chicos de ese destino cruel y quería salvarme a mi mismo de seguir ejecutando personas en el nombre de algo o de alguien en quien ya no creía. Era un soldado, un hombre de batallas, de armas, pero, no podía seguir matando a gente inocente, no me creía capaz de continuar haciendo atrocidades y debía tomar la determinación de acabar con esa parte de mi historia, que lejos de enorgullecerme me daba vergüenza.

Los llevé a algún punto lejano de la costa, donde pudiéramos descansar sin el temor de ser encontrados e ir pensando qué hacer por si los romanos volvían, estaba atormentado pensando en la desertión, en el abandono de las filas del Imperio Romano, estaba perdido en el idealismo de comenzar una familia con ellos, en la necesidad de crear un hogar lejos de la aniquilación; cuando la chica comenzó a orar, me dijo que ya estaba limpia, libre de manchas y comenzó a rezar en voz alta, se le unió su hermano y yo estaba atónito, no sabía qué hacer o qué decir, así que los dejé actuar y entendí que eso era lo quería hacer en mi vida, ser responsable de alguien, trabajar para tener un hogar.

Decidimos movernos hacia el oeste de la isla para intentar integrarnos en las poblaciones, antes de dejar Selinunte pasamos por los templos de Apolo y Hera a dejar flores, pues era lo único que quedaba después de la debacle, echamos una última mirada a lo que quedaba de la ciudad y partimos hacia Siracusa. Eran chicos realmente especiales, obedientes, respetuosos, sabían utilizar los recursos de la naturaleza, pudimos comer lo que cazábamos y dormíamos en cuevas o a los pies de los árboles más grandes. Pasábamos mucho rato hablando de donde viviríamos y qué haríamos una vez que fuéramos realmente libres.

Los sueños de libertad son una utopía, pasados un par de años de la llegada a Siracusa, de tener casa, siembra, algunos animales, de ver a esos chicos crecer sana y felizmente, de poder resarcir a través de ellos todo el daño que había causado (y en cierta forma fue posible durante el período que estuve con ellos) llegó el miedo. Me alcanzaron, los

romanos me encontraron, llegaron a casa y no hubo ningún tipo de lucha, los chicos no estaban y era mejor así, ellos no iban a negociar. La luz se apagó y con ella mis ganas de verlos convertirse en adultos, pero al menos sus vidas se salvaron y valió la pena cada esfuerzo, cada paso, cada sacrificio.

Selinunte quedó en el olvido de todos, de la ruta de comercio del Mediterráneo, de los romanos, de los habitantes del resto de la isla, sin que interviniera la furia de ningún dios griego.

Silvia, estremecida de la emoción de haber llegado hasta Sicilia, de pensar en la historia de Selinunte y de como acabó en ruinas, agradeció que las cámaras hoy sean digitales y no tener que cambiar de coche para atrapar en imágenes tantos siglos llenos de memorias, recorrió, respiró su aire marino y fotografió las casi trescientas hectáreas de este invaluable parque arqueológico, el más grande de Italia y uno de los más grandes de Europa.

El turquesa intenso del Mediterráneo juega con esa maravilla histórica y le da al lugar un aire misterioso, de leyendas, fábulas y mitología ampliada.

“Caminos circulares de la selva, una sola bóveda verde, movimiento cósmico, un eterno retorno en la renovación vegetal”. Canaima. Rómulo Gallegos

Roraima

Fue ahí, en la cima, en el medio de tantas lágrimas que se confundían entre el vértigo, el miedo, la emoción y el orgullo de haber llegado, de haberlo logrado, que miré en perspectiva mi vida y entendí que este viaje me había picado la historia en dos. Vivir esta experiencia, respirar ese aire tan puro, ver tantos verdes juntos, especies, rocas, tanta grandeza y tanta hermosura, significó un cambio profundo en mí.

Preparar este viaje fue algo bastante inusual, no tuve nada que ver con la logística ni con la organización, sólo pagué y me subí al bus. Pasé por momentos de indecisión, de si era capaz de caminar ese montón de horas al día, de si podría subir la montaña, de si era capaz de aguantar el calor, la humedad y la sequía, los mosquitos o los sapos. Una vez disipadas las dudas, compré unas botas, hice maleta y a atravesar Venezuela, para llegar a la cima del Roraima.

Viajar por carretera es una de las cosas que más me gustan, ir mirando cada pueblo, cada árbol, cada verde, cada rostro, cada cesta de frutas a orilla del camino, todo tiene una particularidad, es una maravillosa historia que queda pendiente por escribir y de este viaje en particular disfruté cada kilómetro, cada sonrisa, cada interacción con mis amigos, cada rayo de sol.

Al llegar a Puerto Ordaz, cambiamos de vehículos y nos embarcamos en unos buses enormes que nos llevarían en doce horas de viaje a ese lugar único, maravilloso y mágico que forma parte de la genética más antigua del planeta. No suelo dormir en carretera, pero el cansancio de las horas previas me arropó, dormí sin interrupción hasta la Piedra de la Virgen, emblemático punto del camino donde el viajero recibe la bienvenida por parte de la Gran Sabana, donde es posible dejarse envolver por tan magnánimo evento y ser parte por un instante de esa pintura natural, donde la mente no para de transportarse a esas rocas, esos árboles, a esa grama con su intenso y vivo verde.

Había que arribar a Santa Elena de Uaién, a media hora de la frontera carioaca y dejar el equipaje en una posada para dar la vuelta por los alrededores. Ese día tranquilo dejó unas fotos fantásticas, el recuerdo de haber interactuado con las comunidades locales, de haber sido instruida sobre las correctas prácticas de estancia en la Gran Sabana, la transmisión del respeto a los dioses en los que creen los pemones (la etnia local), el encuentro con un paisaje idílico, hermoso, armonioso, vivo, con un aire muy puro, una historia de miles de millones de años que contar, un cielo noble que se presentó intensamente azul para que el disfrute de ese pedacito de tierra amada, fuera aún más espectacular.

El viaje por la sabana trajo consigo experiencias increíbles, la dinámica era sencilla... pasar tres días caminando desde el punto de partida hasta la cima de la montaña acampando por las noches en los lugares marcados por los guías, bañarse en los ríos cerca de los campamentos, tomar mucha agua para no deshidratarse y hacer caso a los conocedores del terreno.

El punto de partida era en un lugar llamado Paraitepuy de Roraima, en donde hubo convergencia de varios grupos que iban a comenzar la travesía junto con el mío, las presentaciones correspondientes, las sonrisas tímidas, las simpatías alborotadas, las expectativas presionadas entre el estrés y la felicidad. La mayoría de nosotros pagamos para que nos llevaran el equipaje, no hubiera podido llegar cargando esa mochila, lo reconozco. En esas presentaciones, coincidimos con una pareja un poco fanfarrona que contaron que pasaron por un entrenamiento muy arduo de gimnasios y máquinas para poder subir la montaña, yo les conté que había hecho mucho pilates porque sentía que debía aprender a respirar y como estoy pasada de peso la chica me lanzó una mirada bastante despectiva.

Ese primer día no sé cuántos kilómetros caminé, pero sentí que fue muchísimo, la mayor parte del terreno era plano y mientras tanto iba internándome en esa maravilla de paisaje, escuchando los ríos, admirando cada roca, cada rama, cada pincelada natural; cada paso era un reto diferente, siempre tenía al Roraima y al Kukenán en frente pero no los veía más cerca a pesar de lo recorrido. Al llegar al primer

campamento, el Río Tek sirvió de tina para poder tomar un buen y merecido baño. Luego a comer y a dejarse maravillar de la mano del magnífico paisaje, ver las siluetas de ambos tepuys a la luz de la luna llena. Es un espectáculo como pocos, es trascender, transportarse a otro tiempo y espacio, es fusionarse con el entorno y dejar de ser el otro para ser un solo ente, es por fin entender que somos todos parte de la maravilla de la naturaleza.

Un segundo día despuntó y continuó la caminata que incluía pasar el Río Kukenán y comenzar a ver las montañas a la derecha por un ratito. Venezuela ese año estaba atravesando un período de sequía muy abrasador y el territorio del sur no se escapaba de esa ausencia de lluvia, la tierra estaba árida, la fauna reptil estaba de fiesta en esos espacios amplios de tierra seca, tanto que nos habían advertido tener especial cuidado con las culebras negras. El camino comenzó a tener inclinación de montaña y el ascenso ralentizó la travesía pero permitió que disfrutara de una cara totalmente distinta de la montaña, la vegetación, los colores de la aridez, las brisas de la sabana. Es un lugar lleno de energías maravillosas, es llegar al nirvana, es entender el tamaño de cada ser en el mundo, es crecer.

La subida a la montaña se logró el tercer día, en el que todos los que íbamos originalmente juntos tomamos ritmos particulares y entre nosotros se crearon distancias importantes. Fernando, uno de mis mejores amigos, una de las personas más valientes que conozco, se sentó en una roca – a la que llamó La piedra de la amistad - a esperarnos a los que nos quedamos un poco atrás, yo venía caminando con un par de chicas que se adhirieron a nuestro grupo, me quedé con ellas para ayudar porque una de ellas sufrió un ataque de pánico y en lo que nos encontramos todos en la piedra continuamos el recorrido todos juntos. Una subida increíble, unas vistas de esa sabana indómita, un verde en diferentes tonos, los espacios de la sequía, todo se ve en su justo lugar.

El guía pasó a explicarnos de las especies de plantas y fauna local que se han mantenido iguales durante los últimos ciento sesenta millones de años, de un sapito minero que no salta, de bromelias milenarias, de helechos que convivieron con dinosaurios, la

grandeza de este planeta es impresionante, inalcanzable, magnífica, ojalá algún día podamos todos verlo y comenzar a respetarlo.

El camino hacia la cima fue hermoso, tuvo momentos de contemplación, de afianzar amistades, de susto, genuino susto. Hay un par de parajes increíbles que están justo antes de comenzar el ascenso final, el primero es La Herradura que es una formación rocosa con esa forma que da una visión particular del camino que falta por recorrer, es precioso y permite contemplar una variedad insólita de flores de colores, de plantas impresionantes, de rocas que parecen puestas allí a mano. El segundo es El paso de las lágrimas y ¡qué manera de sacar lágrimas! Es un paso estrecho, que recibe una caída de agua de la cima del tepuy, está permanentemente mojado, es resbaloso, la tierra está floja y hay que pasar con sumo cuidado.

Y así fue, pasé con cuidado y caminé hacia una roca grande que había cerca a esperar que el resto de mis amigos pasen, me recosté de la piedra y ésta cedió, se movió y me aparté enseguida pero quedé como haciendo equilibrio para no irme detrás de la roca. Una de las chicas del grupo, pegó su pie a la montaña y estiró su cuerpo entero, me extendió sus brazos, los agarré y me haló hacia ella. A partir de allí, hasta bien avanzada la estancia en la cima, no paré de llorar. La abracé, le agradecí y vi que Fernando pasó corriendo por el camino resbaloso para encontrarse con nosotras, recuerdo su abrazo como lo máspreciado en ese momento confuso y lleno de miedos.

La cima se hizo presente unos treinta minutos después del acontecimiento de la roca, iba hecha lágrimas, viendo cada flor anaranjada, cada sapito negro que no brinca, cada piedra enorme que iba abriéndonos el espacio para que pudiéramos pasar, cuando quedaban unos tres o cuatro metros para llegar hay unas rocas en forma de gárgolas que parecen estar esperando a los andariegos para avisarles que ya han llegado y que son bienvenidos. Finalmente en la cima, lloramos todos juntos y cantamos *We are the champions* de Queen abrazados.

Pasamos día y medio allá arriba y yo estaba negada a bajar por mis propios medios, no quería volver a pasar el susto de El paso de las lágrimas, otra de las chicas tenía muchas

ampollas en sus pies y estábamos cuadrando para bajar en helicóptero y no volver a pasar por el trauma. Mientras, íbamos disfrutando cada espacio, cada color, cada cuarzo, llegamos a un lugar llamado Los Jacuzzis, una serie de pozos en los que fue posible bañarse, descansar, apreciar los detalles, la tierra es rosada, las piedras son negras, el agua brota del mismo centro de la montaña, los colores dentro de los pozos tiene una variedad impresionante, viajan entre el rosado, el dorado, el negro, el gris y el verde. Para dormir, nos quedamos en unas cuevas llamadas “los hoteles” porque resguardan del frío y proveen esa añorada sensación de espacio privado que en el resto del viaje no se tiene.

Se preguntó, se pidió, se rogó, pero el helicóptero nunca apareció, porque era semana santa, porque dependía de la gobernación, porque (criticando abiertamente la gestión chavista) no son eficientes y también porque no había ninguna emergencia real. Decidimos entre todos bajar juntos y con cuidado, porque el regreso sería un poco más abrupto, el camino que se hizo en dos días a la ida, tendría que ser recorrido en uno solo al retorno. Haciendo preparativos para comenzar el descenso, nos encontramos con la parejita fanfarrona del primer día y la chica estaba bastante alterada, también tuvo un mal momento en El paso de las lágrimas al subir y estaba negada a bajar a pie, pedía, más bien gritaba que ella necesitaba el helicóptero para salir de ahí, en el medio de su crisis nerviosa le chilló a su chico: ¡RESUELVE! Allí los dejamos, supimos por el guía del grupo, que el transporte solicitado a la gobernación nunca llegó y dos días después de nosotros, bajaron del Roraima tal y como habían subido.

Once horas después de comenzar a bajar, de cantar para no desfallecer, de seguir disfrutando de la variedad de flora, de los tonos de verde, de los cambios de colores de acuerdo a la luz del sol, de tomar agua de los riachuelos, de conocer la fuerza de los pemones que hacen ese camino en un tercio del tiempo y con cargas en sus espaldas, llegamos al campamento que nos albergó el primer día de caminata, era de noche cuando finalmente avistamos las luces y llegó el olor de la comida, nos dimos un baño rápido en las nobles aguas del Río Tek, luego a comer y dormir para enfrentar al día siguiente el último tramo de la travesía. En la bajada, nuestro fiel y extraordinario acompañante pemón, nos contó que hay lugares mágicos escondidos en la montaña,

que se abren puertas a otras dimensiones que son capaces de transportar a las personas a los más increíbles lugares del universo, le creí, no es justo que lugares como este sean pocos y no estén al alcance de todos.

Me senté con la mirada dirigida a los tepuys, para darles las gracias por tanto, por cambiarme la vida, por hacerme entender el verdadero tamaño del ser humano en el mundo, por permitirme disfrutar de tantas maravillas a la vez, porque caminar por donde un día lo hicieron los dinosaurios, por unas piedras que se han mantenido intactas durante tantos millones de años tiene un valor, incalculable por demás; agradecí también por las amistades afianzadas, por ese grupo fabuloso con el que me tocó viajar, por hacerme entender que la vida está compuesta de esas pequeñas cosas que van engranándose para hacer de cada historia un evento fantástico. Me fui a dormir con el espíritu crecido, con la sensación de haber madurado en esos cinco días, de haber aprendido a amar más y mejor.

El último día de recorrido fue el más pesado, no había que caminar tanto, pero todos sentíamos que teníamos bloques de cemento atados a los pies, llegamos a Paraitepuy, la agencia nos buscó y nos llevó a comer para luego prestarnos sus instalaciones, bañarnos y prepararnos para tomar el bus de regreso a cada una de nuestras rutinas.

El Roraima y su hermano el Kukenán, están siempre en mi imaginario, están presentes en mi caminar, mi pensar, mi necesidad de conseguir paz en momentos de turbulencia. Expresar con palabras esta experiencia conlleva la responsabilidad de pedir a quien lo lea, que todos los caminantes de este mundo debemos, tenemos, estamos obligados a ser consecuentes y comprometidos con el cuidado del planeta, como habitantes itinerantes del mundo se lo debemos a las generaciones por venir. Esta vivencia me cambió la historia, me la picó en dos partes, en un antes y un después, me dejé maravillar por tanta hermosura, por tanta perfección, por ese espacio magnífico lleno de aire puro, de gente increíble, de tanto verde, de tanta paz. Mi mensaje en estas líneas es, entonces, encadenar el compromiso con las demás personas para que dejemos la herencia correcta a nuestros hijos y su descendencia.

Epílogo

Hoy, un día cualquiera, en el que llueve considerablemente, termino de compilar unas cuantas historias de viaje, unas cuantas “canciones de libertad”, un pedazo de mi corazón hecho palabra para que quien lo reciba en sus manos viaje conmigo, se anime a desplazarse por el mundo y se deje envolver por esa magia que nos rodea, en la que entendemos que los que nos hace iguales justamente son nuestras diferencias.

Caminarse el mundo tiene mucho sentido para mí, porque me gusta la gente y el encuentro de las diferentes costumbres, pero también me gusta el mundo por su contenido, por los millones de litros de agua que lo hace azul, por esa hermosa capacidad de crear vida hasta en los lugares más inhóspitos. Vamos a animarnos todos a ser parte de las prácticas de reciclaje y conservación de los espacios naturales, a reforestar, a reducir las emisiones de gases contaminantes, vamos a dejarle a los que están por venir, la casa apta para su subsistencia.

Machado decía que “(...) se hace camino al andar” y es cierto, hagamos que sea memorable para nuestra historia, que vaya desligado de la política y de los malos pasos, que vaya de la mano del respeto por nuestros valores y de los pueblos que recorreremos, que seamos visitantes andariegos y no invasores groseros. La experiencia de recorrer caminos debe hacernos felices sin que eso le cueste la felicidad a los demás. Disfrutemos del viaje.

¡Muchas gracias!



www.johyontherocks.wordpress.com

JOHANA MILÁ DE LA ROCA CABRERA



